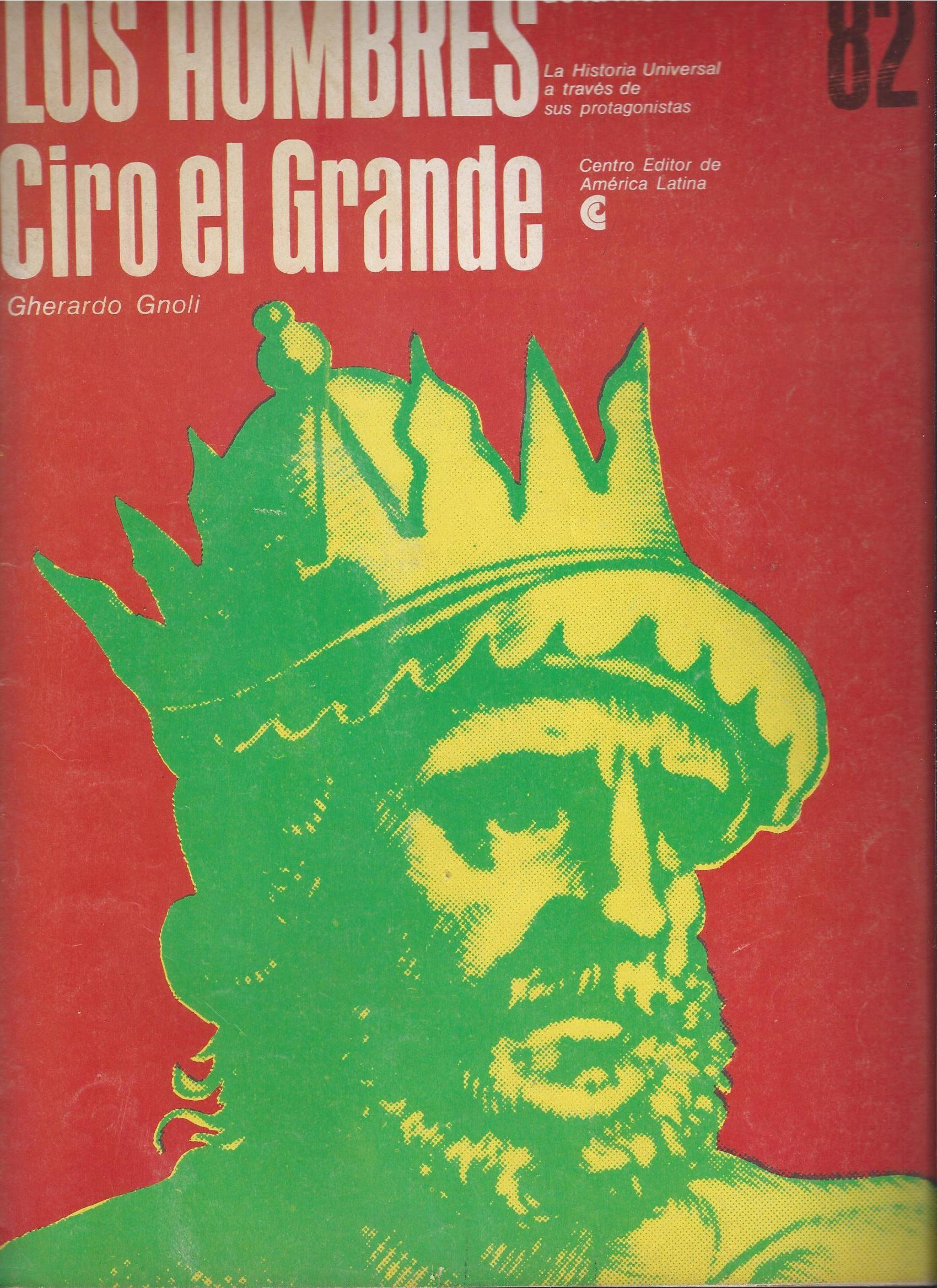

LOS HOMBRES
82
La Historia Universal
a través de
sus protagonistas
Ciro el Grande
Centro Editor de
América Latina
Gherardo Gnoli

LOS HOMBRES de la historia 82

En la vigilia de la gran afirmación del poderío persa, el Cercano Oriente, cuna de civilizaciones evolucionadas y ricas en tradiciones milenarias, se hallaba dividido en cuatro organizaciones estatales principales: el imperio caldeo o neo-babilónico, el reino egipcio, el reino medo y el reino lidio. El desarrollo de la historia oriental antigua había llevado a la formación de estas monarquías principales, cuyo equilibrio era quebrado de tanto en tanto por guerras, revoluciones, conjuras dinásticas y conspiraciones políticas. Ninguno de estos Estados parecía tener las fuerzas necesarias para imponerse como potencia verdaderamente hegemónica.

Esta es la situación general cuando Ciro asciende al trono persa en el 559 a.C. y, poco después, en el 556 a.C. al de los medos.

Sin embargo, en veinte años él transformaría el aspecto político del mundo oriental antiguo desde el Indico al Egeo y la consecuencia de esta transformación fue un proceso más acelerado de sincretismo cultural del Oriente cercano y medio que se preparaba en el encuentro con la civilización griega. Ciro echó las bases de un Estado ecuménico en el cual las provincias pudieron conservar gran autonomía, tanto en la administración como en los cultos religiosos. Sus realizaciones, fruto de una profunda intuición política, no pueden dejar de asombrar al historiador, tanto por sus vastísimas proporciones como también por sus notables características de estabilidad y continuidad.

En la evaluación de su obra política resalta inmediatamente el hecho de que en la misma se encuentran las soluciones y el encuadre de varios problemas frente a los que se hallaron con frecuencia los soberanos iranios: la conquista de Egipto, la cuestión griega sobre los confines occidentales del imperio, el propio mundo mesopotámico.

Además, la obra de Ciro en Oriente tuvo un importantísimo objetivo: detener con una sólida barrera el impulso de las poblaciones bárbaras de la estepa septentrional hacia las tierras meridionales.

En estas repetidas luchas contra las hordas de los sakas, él perdió la vida en el 530 a.C., y su muerte contribuyó sin duda para determinar el gran puesto que le ha sido asignado en la historia y en el progreso civil de la humanidad pues el mundo antiguo, gracias a él, pudo dar un gigantesco paso hacia adelante en el siglo VI a.C.

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma, Milán
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Gigio Savorelli
Redactores: Mirella Brini, Ido Martelli, Franco Occhetto, Andrina Rossi Monti

82. Ciro el Grande - La edad de Grecia
Este es el séptimo fascículo del tomo La edad de Grecia.
La lámina de la tapa pertenece a la sección La edad de Grecia, del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 82:
Museo nacional de arte oriental, Roma: p. 173 (1, 2, 3); p. 176 (1, 2, 3); p. 179 (1); pp. 180-181 (1, 2, 3, 4); p. 184 (1, 2, 3); pp. 186-187 (1-7); p. 189 (1, 2, 3)
Staatliche Museen, Berlín: pp. 174-175 (1, 2, 3, 4)
SEF: pp. 182-183 (1, 2); p. 191 (3)
B. N. Estampes, París: p. 195 (1).

Traducción de Antonio Bonanno

Centro Editor de América Latina S. A.
Piedras 83 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223, Buenos Aires, en diciembre de 1969.

Ciro el Grande

Gherardo Gnoli

Toda la cronología meda y persa anterior a Ciro se basa en datos inciertos y algunas veces claramente erróneos. Un dato sobre el cual los historiadores han basado reconstrucciones cronológicas es la fecha de la batalla librada por Ciaxar, rey de los medos, contra Aliate, rey de los lidios, la que fue famosa por el eclipse solar predicho por Tales. Ahora bien, ya que Heródoto afirma por una parte que fue Ciaxar el soberano medo que combatió aquella batalla, y por otra parte que Astiages, su hijo y sucesor, reinó durante 35 años, sólo quedaría por deducir, como se ha hecho, que éste reinó desde el año del eclipse, fijado comúnmente el 28 de mayo de 585, hasta el año 550 a.C. Pero las investigaciones recientes han demostrado, en base a los documentos babilónicos contemporáneos, que no fue el año 550 el de la victoria de Ciro sobre Astiages y que, por el contrario, este suceso ocurrió 3 años antes, o mejor tal vez, 6 años antes, por lo que se debe considerar errónea la noticia de Heródoto sobre Ciaxar, o se debe atribuir el eclipse de Tales a una fecha distinta de 585, o también se puede acortar la duración del reinado de Astiages de los 35 años de Heródoto a alrededor de 29 ó 30 años. Además, se presentan nuevas dudas sobre la cronología meda, aun para aquellos datos proporcionados por Heródoto sobre los reinados de Fraorte y de Ciaxar, que hasta ahora habían sido estimados seguros, pero que son considerados ahora por algunos de manera distinta, de modo que sería verosímil una datación anterior para los 22 años del reinado de Fraorte, el cual se trasladaría de 675-653 a 645-623.

No obstante tales dudas, la datación ya tradicional de los años del reinado de Ciro, desde el ascenso al trono de Anshan hasta su muerte, es decir, desde el año 559 al 530, debe ser mantenida, mientras que no se pueda precisar la fecha del nacimiento; sólo se sabe que cuando venció a Astiages sorprendió a los contemporáneos por su edad juvenil, como se deduce de un documento babilónico.

Las fechas más importantes y conocidas son las siguientes:

559 a.C.
Ascenso de Ciro al trono persa de Anshan.

556 a.C.
Victoria sobre Astiages y toma de Ecbatana: Ciro en el trono medo.
Luego del año 556 y antes de la guerra contra los lidios tienen lugar la represión definitiva de la resistencia de los partidarios de Astiages, la guerra contra los bactrianos, una expedición contra la tribu saka, y la rendición del Irán oriental.

547 a.C.
Guerra contra Creso, rey de los lidios. Victoria de Pteria. Conquista de Sardes.

546 a.C.
Rendición de toda Anatolia; expedición contra los griegos, licios y carios. Las colonias griegas de Asia Menor son obligadas a reconocer la supremacía de Ciro.

539 a.C.
Guerra contra Nabonides, rey de Babilonia. El 29 de octubre Ciro entra triunfalmente en la capital.

538 a.C.
Cambises, hijo de Ciro, se establece en Babilonia como representante del padre. Ciro emite desde la corte de Ecbatana el edicto sobre la libertad de los hebreos exiliados en Babilonia.

530 a.C.
Fines de agosto o primeros días de setiembre: muerte de Ciro en el campo de batalla durante una expedición a los confines orientales del imperio contra la tribu saka.

El ambiente histórico

En la víspera de la gran afirmación del poderío persa, el Cercano Oriente, cuna de civilizaciones evolucionadas y ricas en tradiciones milenarias, se hallaba dividido en cuatro organizaciones estatales principales: el imperio caldeo o neo-babilónico, el reino egipcio, el reino medo y el reino lidio. El desarrollo de la historia oriental antigua había llevado a la formación de estas monarquías principales, cuyo equilibrio era quebrado de tanto en tanto por guerras, revoluciones, conjuras dinásticas y conspiraciones políticas. Ninguno de estos estados parecía tener las fuerzas necesarias para imponerse como potencia verdaderamente hegemónica.

Egipto había inaugurado una política de equilibrio cuando, para contrabalancear la poderosa alianza medo-caldea, el faraón Psamético I (663-609) operó una clásica inversión de las alianzas, alineándose al flanco de la decadente Asiria. Poco tiempo antes los egipcios y los asirios se habían enfrentado en el valle del Nilo, unos para defender la propia independencia, otros para expandir el propio dominio. Pero el peligro de una alianza operante y duradera entre los desbordantes pueblos iránicos, y la resurgida potencia babilónica, no debió parecer menos grave a los ojos del faraón que el peligro corrido por el reino durante las guerras antiasirias. De ahí la necesidad de Egipto de mantener un equilibrio político en la cercana Asia.

En los últimos años del siglo VII el imperio asirio, que había extendido sus dominios, aparte de toda la Mesopotamia, a Siria, Palestina, Elam y, por un breve período, a Egipto, de manera que constituyó un imperio vastísimo que comprendía a todos los pueblos que habían contribuido en mayor medida a la formación y desarrollo de la civilización, cayó bajo los golpes de las armas conjuntas de caldeos y medos. En el año 612 la coalición antiasiria conquistó Nínive, la capital del imperio, y en 610 un ejército aliado devastó Harran, último fuerte de la resistencia de Assur.

Sobre las ruinas del imperio asirio surgió un nuevo estado mesopotámico unitario que tuvo a Babilonia como guía: el imperio neobabilónico o caldeo, que tomó el nombre de la estirpe que lo había inspirado. El general caldeo Nabopolasar (625-605) asumió la corona real e inició la última dinastía babilónica. Pero la nueva monarquía mesopotámica no alcanzó jamás el poderío de Asiria. El imperio caldeo extendió su dominio a casi toda la Mesopotamia, Siria y Palestina, donde los monarcas locales se plegaron al pago del tributo y a la obediencia para con los nuevos señores. Pero ya la historia había abierto las puertas a pueblos nuevos. Otras potencias, antes inexistentes o casi extrañas a la historia política del Cercano Oriente, que hasta ese momento se había desarrollado principalmente entre dos polos, el valle de los Dos Ríos y el valle del Nilo, se agregarían definitivamente entre los protagonistas de una nueva historia: el reino medo y el reino lidio. Los medos ya no eran el elemento de perturbación que apremiaba en los confines noreste de Asiria, sino que se sumaban indirectamente en el vasto juego político de las grandes potencias; y los lidios, con la colaboración determinante que su soberano Giges había proporcionado al gobernador de Sais, el futuro faraón Psamético I, fundador de la dinastía XXVI, habían inferido un serio golpe al imperio asirio, que se halló privado de la rica provincia de Egipto. El dominio sobre todo el arco de la "media luna fértil", desde el Golfo Pérsico al Mar Rojo, ya no significaba más el imperio hegemónico: la monarquía caldea estaba rodeada de vecinos desleales e igualmente poderosos. La misma alcanzó el ápice de su poderío bajo el reinado del hijo de Nabopolasar, Nabucodonosor II (604-652), quien se había distinguido durante el reinado del padre por su dirección de las tropas victoriosas en la batalla de Karkemish (605), que obligó a los egipcios a retirarse de la región siria hacia el Sinaí. Este soberano afirmó sólidamente el dominio caldeo en Siria y en Palestina, donde reprimió revueltas y condujo varias campañas militares para abatir las resistencias locales fomentadas por los egipcios. Jerusalén fue conquistada dos veces, en 597 y en 586, y la segunda vez signó el fin del reino de Judá y el comienzo del exilio babilónico del pueblo hebreo.

A la política guerrera contra Egipto, Nabucodonosor agregó una política diplomática con respecto a los medos y a los lidios, preocupado por que no se quebrara el equilibrio de las fuerzas existentes en los confines septentrionales de su imperio. Su muerte marcó el comienzo de un gran conflicto interno en la monarquía caldea, que sólo terminó con el derrumbe total del último estado independiente de la antigua Mesopotamia, una lucha que tuvo múltiples aspectos políticos, religiosos, étnicos y sociales, y que vio sucederse en el trono, entre conjuras y revueltas, a tres soberanos en el breve espacio de siete años, hasta que en el año 556 asumió la corona de Babilonia el último soberano "caldeo", el arameo Nabonides, quien debió enfrentar la acción conjunta de los enemigos internos y del conquistador persa.

Como Babilonia, también Egipto reconquistó su independencia a expensas de la decadente Asiria, ayudado por los lidios y los griegos, quienes primero como mercenarios, luego también como colonos y mercaderes, se establecieron en número cada vez mayor en la región del Delta, influyendo en buena medida en la política, tanto interna como externa, de los faraones de la dinastía XXVI. Mientras la política marítima y mercantil de Egipto se desarrolló notablemente, la política asiática, luego de algunas tentativas iniciales poco felices, se limitó substancialmente a mantener las posiciones defensivas. En el plano interno la acción de la monarquía estuvo fuertemente condicionada por el poderosísimo clero de Tebas. El reino de Lidia también era una potencia de primer orden. La dinastía de los Mermnadi fue fundada por un dignatario de la corte del último soberano heráclido de Lidia, el Candaulo de Heródoto. Giges, de común acuerdo con la reina, en una conjura palaciega eliminó a Candaulo y se hizo rey. En el siglo VII los lidios debieron combatir duramente contra los bárbaros, luego contra los asirios mismos, mientras que en el siglo VI la política estuvo condicionada en Occidente por la presencia de las florecientes colonias griegas de la costa mediterránea y en Oriente por la creciente potencia de los medos. Finalmente contenida la irrupción de los medos, los lidios lograron, bajo el reino de Creso, afirmar definitivamente su hegemonía sobre las ciudades griegas, con las que se establecieron relaciones amistosas luego de un período de enfrentamientos violentos.

Los medos y los persas

Las fuentes históricas mesopotámicas presentan a los pueblos medos (*mada*) y persas (*parsua, parsa*) en pleno movimiento desde el siglo IX; los mismos no habían elegido aún las sedes fijas de sus establecimientos tradicionales. Siguiendo las crónicas de los anales asirios y combinándolas con las documentaciones históricas colaterales se pueden estudiar las fases de aquellos movimientos. Se trata de un período de formación y de crisis, determinado por la necesidad de adaptación a las nuevas condiciones de vida. Se ve pasar a segundo plano la realidad política de las tribus y surgir los primeros reinos unificados; se ve nacer la noción de la posesión de un territorio fijo y la necesidad de grandes centros de vida aptos para defender con muros poderosos a la comunidad convertida ya en sedentaria. Se realiza así la evolución del campamento a la ciudad; aparecen normas que regulan la vida de todos los miembros de la comunidad, y la tutela y el respeto de los mismos son confiados a la autoridad regia; surgen nuevas concepciones del poder que están en armonía parcial con las concesiones más antiguas, ya inadecuadas para la nueva situación y el progreso civil. En todos estos cambios, en esta crisis cultural, social y política de los iranios occidentales es profundo, naturalmente, el influjo del ambiente.

Los anales asirios del reino de Salmanasar III (858-824) mencionan entre los señores tributarios del soberano de Asur a los reyes de Parsuash, establecidos al sur del lago de Urmia, y de los Matai (Madai) en la zona de Hamadan, al sur del Caspio, en la Media propiamente dicha. En la crónica del año 836 los reyes persas enumerados alcanzan a veintisiete. Ello

Halys
Boghazköi
CAPPADOCIA
IMPERIUM
MEDO - PERSARUM
Araxes
Sefārād
LYDIA
Sardes
CILICIA
ARMENIA
CRETA
RHODUS
Tarsus
Ḥarrān
Karkemiš
Arpād
Tafsah
IMPERIUM CHALDAEORUM
Ninive
Aššûr
Arbela
Rhagae
CYPRUS
Ḥamāt
ASSYRIA
Tigris
Ecbatana
Arwād
Tadmōr
Riblāh
Sidon
Damascus
Euphrates
IMPERIUM
Tyrus
Sippan
Kûtāh
Babylon
Šūšan
ʿÊLĀM
Samaria
Jerusalem
Qēdār
ʿAmmôn
Nippur
Saïs
Tanis
Pelusium
Mô'āb
Gaza
LIBYA
Naucratis
Ṣōan
Bosrāh
Dūmāh
CHALDEA
Ur
MEDO-PERSARUM
Tahpanhēs
Menphis
On
Nōf
Nebaiôt
AEGYPTUS
Elat
IMPERIUM CHALDAEORUM
ARABIA
Teimā
PATRÔS
Thebae
Nō

1

Sciti
LAGO ARAL
Jaxartes
HELADE
Mar Negro
Massageti
TRACIA
Bizancio
Calcedonia
Sinope
Amiso
Kyros
Oxos
Kyreshata
KHWAREZM
Marakanda
Granico
Daskyleion
Mar
Buchara
PAMIR
LIDIA
Ancyra
CAPPADOCIA
SOGDIANA
HINDUKUSH
Sardes
Araxes
ATROPATENE
Merv
GANDHARA
Efeso
PISIDIA
Halys
Lago Van
Caspio
BATTRIANA
Mileto
ARMENIA
Lago Urmia
Anau
MARGIANA
Alicarnasso
Isso
Ninive
Battra
Balkh
Creta
Karkemish
Mossul
Gaugamela
Zadrakarta
Kabul
Taxila
Rodas
SIRIA
Tapsaco
Arbela
Amul
PARTIA
KHORASAN
Barce
Chipre
Assur
Kerkuk
Teheran
Raghai
Oco
ARACOSIA
Cirene
Mar Mediterraneo
Sidón
FENICIA
Eufrate
Tigri
MEDIA
Ecbatana
Desierto Salino
AREIA
DRANGIANA
Idaspe
Tiro
Damasco
Baghdad
Bisutun
Aspadana
Kandahar
Sais
PALESTINA
Lago Hamun
Etimandro
Gaza
Jerusalén
Babilonia
ANSHAN
Isfahan
SISTAN
Naucrati
Pelusio
BABILONIA
ELAM
Susa
PERSIA
SAGARTIA
Menfis
SUSIANA
Pasargade
EGIPTO
Persépolis
Kirman
ARABIA
Shiras
INDIA
Indo
Nilo
Taima
Desierto Salino
GEDROSIA
Tebas
Elefantina
Océano Indico
Napata

2

significa que los asirios se hallaban frente a numerosos jefes de tribus, que obraban por cuenta propia. La referencia que los anales asirios hacen de centros ciudadanos no debe llevar al engaño: las tribus persas, como lo demuestra la historia posterior, no estaban aún establecidas en sedes fijas, a diferencia de las medas que ya aparecen en pleno siglo IX localizadas en sus sedes históricas. Aquellos centros ciudadanos debían ser antiguos centros habitados por las poblaciones locales, y sometidas por los persas, o vastos campamentos tribales. En los siglos IX y VIII medos y persas se mueven dentro de la esfera de influencia del reino de Urartu que, afianzado en prestigio y en fuerza militar, intenta con frecuencia expandirse hacia el mundo mesopotámico y sirio, a expensas de Asiria, obteniendo sucesos y sufriendo derrotas, hasta que en la batalla de Kummukh sobre el Éufrates, en 743, los urarteos son duramente batidos por Tiglatpileser III (745-727), el enérgico soberano de Assur. A medida que disminuyen tanto la potencia de Urartu como la de los maneos, establecidos en la región que hoy se denomina Kurdistán, crece la importancia de las tribus medas, que recogen la herencia de la lucha antiasiria y las aspiraciones de desahogo y de conquista hacia el valle de los Dos Ríos. Los anales asirios comienzan a mencionar cada vez con más frecuencia a los "poderosos medos", que lentamente se convierten en el enemigo principal de la potencia de Assur en las regiones septentrionales y orientales.
En la historia antigua del pueblo medo se destaca la personalidad de un soberano, de quien se da noticia tanto en las crónicas asirias como en Heródoto, donde aparece con la personalidad de fundador de una monarquía unificada, que comprendía todas las tribus medas: Deioce, hijo de Fraorte, el Dayaukku de las fuentes asirias. Éste aparece en la lista de los federados del rey Rusa I de Urartu y, vencido en batalla por Sargón II de Asiria (722-705) es tomado prisionero y deportado a la ciudad de Hamath en Siria. El sucesor de Deioce fue, probablemente, Ciaxar I, quien retomó las hostilidades antiasirias. Sigue un período oscuro en la historia de los medos. El Fraorte del que Heródoto da noticia sube al trono hacia 647-645, como lo establecieran estudios muy recientes. Este soberano, Fraorte, no debe ser identificado, como se ha hecho hasta ahora, con el Kashtariti de las fuentes asirias, seguramnete más antiguo que él. Fraorte, I o II, logra reunir a su alrededor una vasta coalición antiasiria de medos, cimeros y maneos; según Heródoto, es el primer soberano medo que sujeta a los persas consanguíneos. A la cabeza de su coalición, ataca a los asirios en su tierra, pero es derrotado y muerto en el año 623, luego de casi veintidós años de reinado.
Hacia la mitad del siglo VII los medos son reducidos al estado de vasallaje por tribus escitas, las que, venidas del Cáucaso penetran en la región del sur del lago de Urmia y forman poderosas coaliciones para enfrentar a los asirios. Los escitas imponen su dominio sobre vastísimos territorios del altiplano iranio y del Asia anterior, por espacio de veintiocho años, según Heródoto. El que desbarata el juego de los escitas es Ciaxar II, sucesor de Fraorte, que es el verdadero fundador de la potencia meda. Establece en Ecbatana (Hangmatana, la actual Hamadan) la capital del reino y reordena el ejército en cuerpos regulares según una nueva táctica de guerra, diferente de la asiria, inspirada en la manera de combatir de los escitas. La gran novedad, para un ejército regular de aquellos tiempos, es el gran empleo de arqueros y de caballería, que se contraponen a la infantería y a los carros ya tradicionales de los ejércitos mesopotámicos y egipcios. Expulsados los escitas, o incorporados en los cuadros de su ejército, Ciaxar se dirige con toda su energía contra Asiria y halla un aliado natural en el nuevo rey de Babilonia, Nabopolasar. En estas campañas antiasirias lo combaten fuertes contingentes de caballería escita. Heródoto refiere que es justamente la llegada de un ejército escita el que hace retirar a los medos del asedio que en un primer momento habían ejercitado en torno a Nínive; Diodoro Siculo habla de bactrianos, en lugar de escitas que corrieron en ayuda de la capital asiria. Pero en un segundo tiempo las cosas se vuelcan netamente a favor de la coalición medo-caldea. Ciaxar asume el título de rey de los Umman Manda, es decir, probablemente de los mismos escitas que antes lo habían combatido en Nínive y que luego, por razones que ignoramos, están obligados a reconocer su autoridad. En el año 612, unido a Nabopolasar, logra embestir y conquistar Nínive y, finalmente, en 610 abate definitivamente las últimas resistencias asirias, conquistando y devastando la ciudad de Harran. Derrotada Asiria, Ciaxar extiende los confines de su reino hacia Occidente, somete a los cados y ocupa Armenia y Capadocia, por cuya posesión estalla la guerra lidio-meda, que se resuelve con el tratado de paz que establece el límite entre las dos monarquías en el río Halys. A Ciaxar lo sucede Astiages, el último soberano de la dinastía deiocide, depuesto por Ciro II. Según las crónicas de los dos reyes asirios posteriores a Salmanasar III, tales como Adad-nirari III (809-782) y Tiglatpileser III, las tierras de los parsuas son periódicamente invadidas y conquistadas por los ejércitos asirios, y una crónica del reino de Sargón II habla de una provincia de Parsuash y de sus prefectos regios, lo cual indica que las tierras de los persas se hallan en ese tiempo bajo el control asirio. Pero la localización del territorio de Parsuash no es la misma, al final del siglo VIII, de aquella que se remonta a la mitad del siglo IX; las tribus persas se han trasladado de la región al sur del lago de Urmia en dirección noreste. En la época de Tiglatpileser III el territorio de Parsuash debe localizarse en la zona central de la región de Zagros, y esta localización es segura para el año 693, cuando Senaquerib (704-681) combate contra Elam y nombra en sus anales juntamente a Parsuash y a Anshan. Esta tierra de Anshan (en elamita: Anzan), parte tradicional del Elam, se halla probablemente al este del actual Pûsht-i Kuh.
En el territorio de Parsumash (ésta es la forma antiguo-persa de la cual se deriva el Parsuash de los asirios) los persas asumen la fisonomía de un pueblo histórico y se dan un ordenamiento monárquico. Así nace el reino persa de Parsumash, en un primer momento tal vez formalmente vasallo de los soberanos elamitas de Susa, luego bien pronto completamente independiente. Su primer soberano parece haber sido el fundador de la dinastía que de él toma su nombre, Aquemene (705-675 aprox.). La historia primitiva del pequeño reino aqueménida se incluye naturalmente en aquella más vasta de sus poderosos vecinos.
Es así que los anales asirios enumeran entre los confederados de un rey elamita, que se batió con Senaquerib en Halule sobre el Tigris en el año 692, al pueblo de Parsumarsh, el cual aparecerá luego siempre en el primer puesto en las listas de los confederados del Elam. Luego de la destrucción del reino elamita de Susa operada por los asirios en 640, los persas pasaron primero bajo la hegemonía asiria, luego bajo la meda. Un documento asirio atestigua el acto de sumisión que el rey de Parsumash, Ciro I (aprox. 645-602), hijo de Teispe, fue obligado a hacer a Assurbanipal, entregándole como rehén a su hijo Arukku, poco después de la toma de Susa por parte de de los asirios), ya que el otro hijo de Teispe, Ariaramme (aprox. 645-590) reinaba sobre Parsa, aproximadamente el Fars actual. La división de las dos ramas aqueménidas continuó hasta Ciro II, probablemente favorecida por la política hegemónica de los medos.

Leyenda e historia

Narra Heródoto que Astiages, rey de los medos, dio a su propia hija Mandane por esposa a Cambises, un persa de buena familia y de buen temperamento, pero de rango social inferior al de cualquier medo, e hizo tal cosa porque los magos oniromantes le habían ilustrado detalladamente el significado de un inquietante sueño suyo, así que temía darla por esposa a cualquier gran medo, ya que el que se convirtiera en su yerno podría aspirar a adueñarse del poder.
Continúa Heródoto diciendo que durante el primer año del matrimonio de Mandane con Cambises, Astiages tuvo otro sueño en el cual vio salir del vientre de la hija una

1



2

1, 2, 3. Vistas de la terraza que domina las ruinas de Pasargada (Museo nacional de arte oriental, Roma).

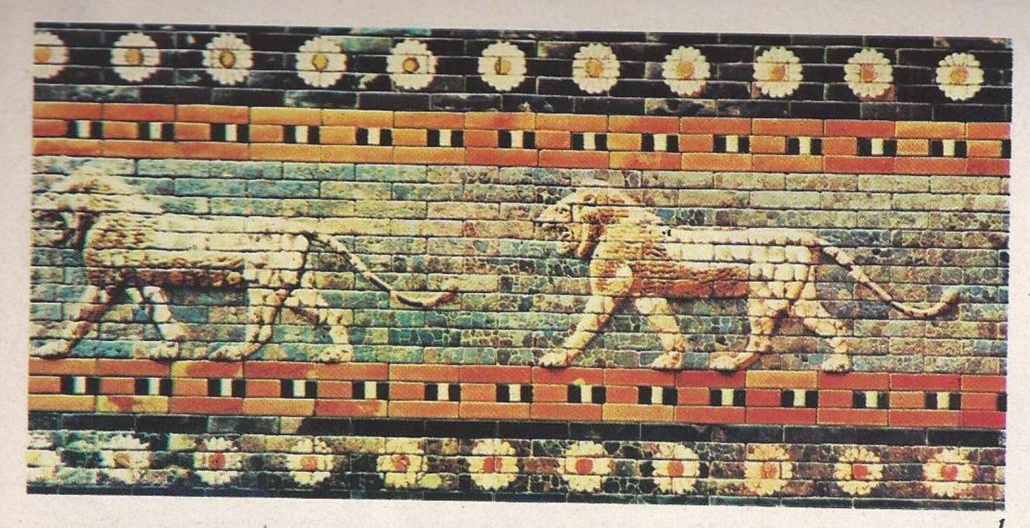
En la página 171:

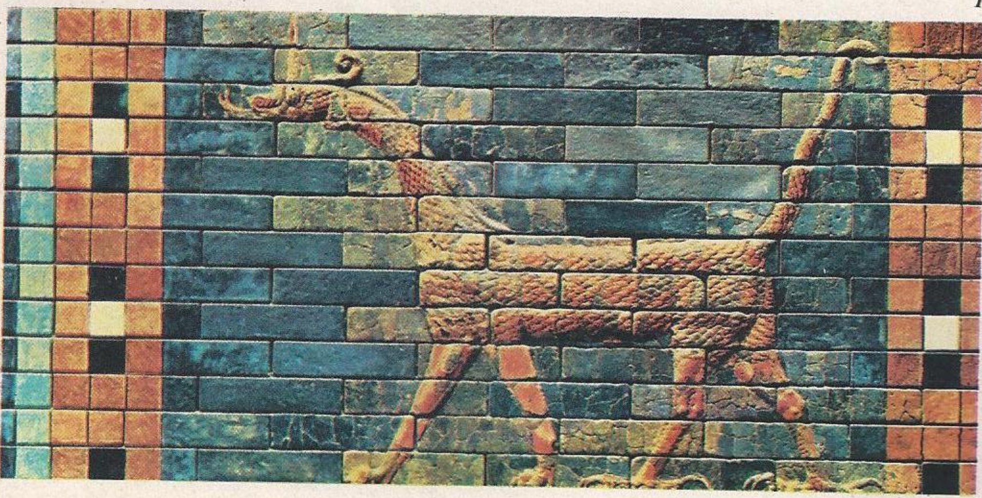
1. El Cercano Oriente antes de Ciro.

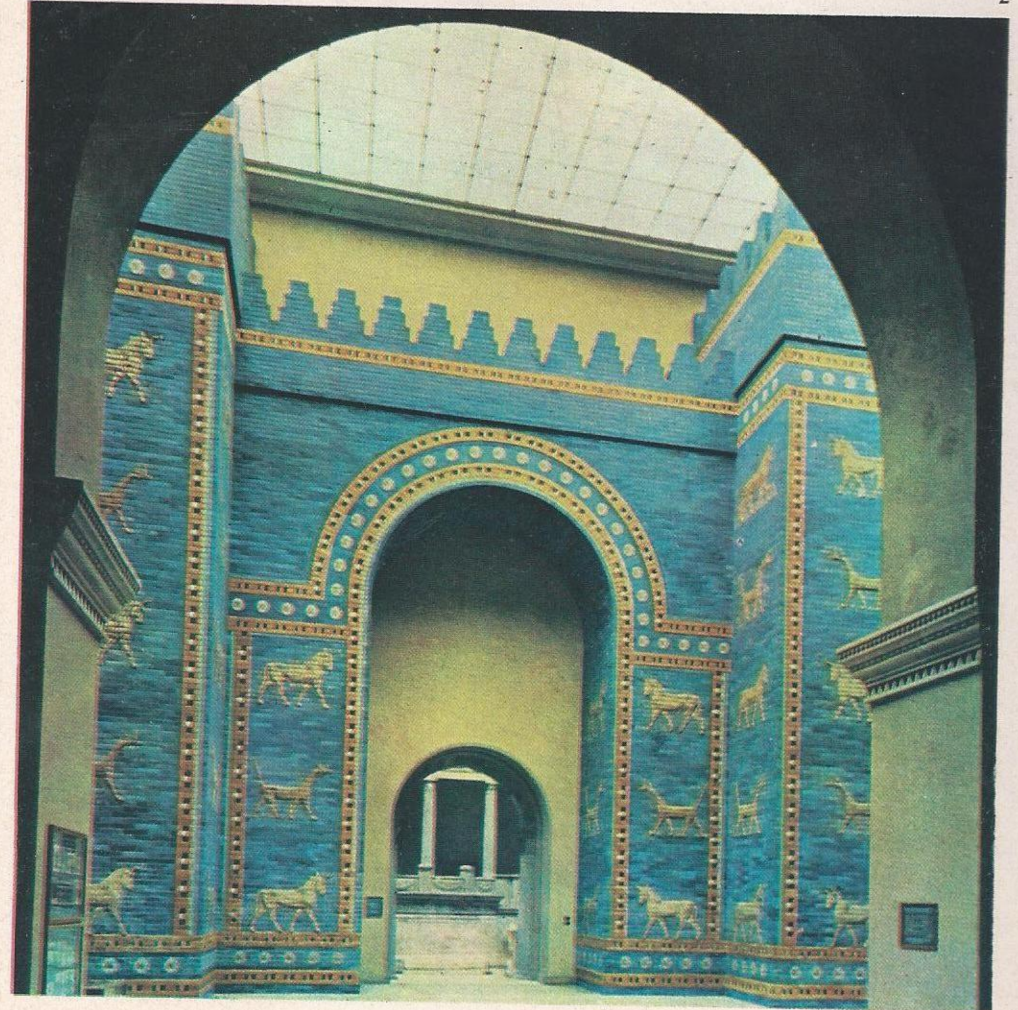
2. El imperio persa luego de Ciro (bajo Darío I).



3


1


2


3

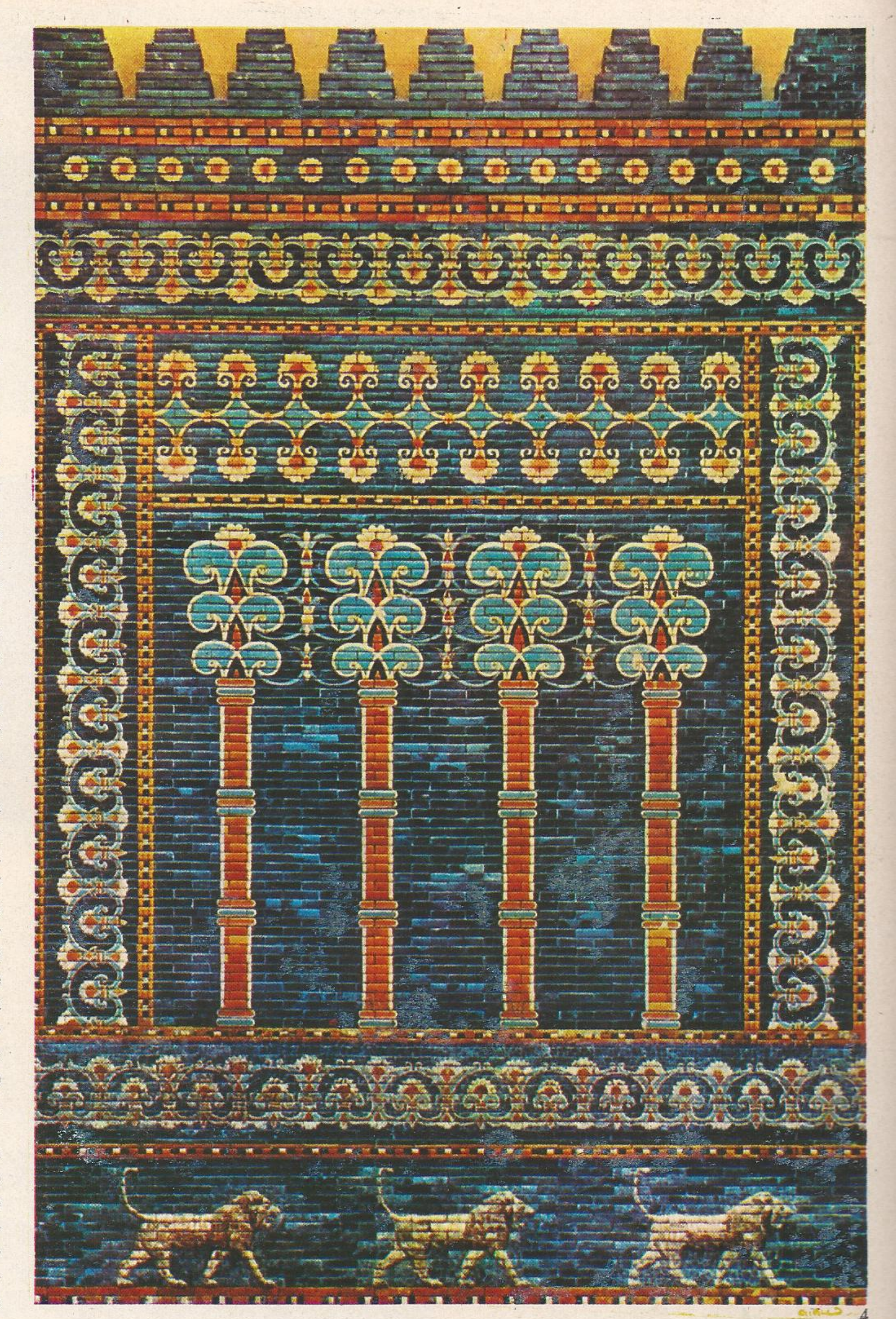
vid que recubría milagrosamente con sus sarmientos a toda el Asia, y de ello también pidió explicación a los magos. Éstos presagiaron que el hijo de Mandane lo destronaría. Entonces Astiages corrió a refugiarse en lugar seguro, confiándole a un pariente suyo, Arpago, el encargo de suprimir al recién nacido, y Arpago, si bien afligido y consternado por una obligación tan innoble, consintió fielmente a la voluntad de su rey. Pero luego, vuelto a su casa, se lamentó ante su mujer del ingrato encargo de matar al niño con el riesgo de hallarse a la merced de su madre cuando aquélla, muerto Astiages sin prole masculina, se convirtiera en reina de los medos. En conclusión, Arpago decidió lavarse las manos. Hizo llamar a un tal Mitridates, pastor del rey que apacentaba las majadas en montañas infestadas de bestias feroces, entre Ecbatana y el Puente Eusino, y le refirió la orden de Astiages con respecto al recién nacido.

El pastor Mitridates, que vivía con su mujer Spako, que en medo significa "perra", en una cabaña de las montañas, volvió a su hogar atemorizado. Tampoco él deseaba mancharse con aquel delito, y la mujer lo convenció de que salvara la vida del pequeño Ciro. Ella, tal vez por deseo divino, había dado a luz justamente entonces un hijo que no había sobrevivido; el cuerpo de este niño sustituyó al de Ciro en el cesto que Mitridates, tal como había convenido con Arpago, expuso en el lugar más solitario de la montaña, en poder de las fieras, de manera que los guardias de Arpago, quienes debían luego asegurarse de la muerte del niño, estuvieran satisfechos. Spako, la mujer del pastor, pudo de esta manera criar con todo cuidado al hijo de Cambises y de Mandane, al que no le dio el nombre de Ciro sino otro, diferente del dinástico con el que, convertido en rey, pasó a la historia.

Luego el niño creció, y a la edad de diez años se reveló como lo que era: un príncipe de sangre real. Durante un juego con sus compañeros hizo la parte de rey y azotó al hijo de un noble medo que se había rehusado a obedecer sus órdenes. El padre del niño golpeado se encolerizó y protestó ante Astiages por la ofensa hecha a su familia por el hijo del pastor Mitridates.

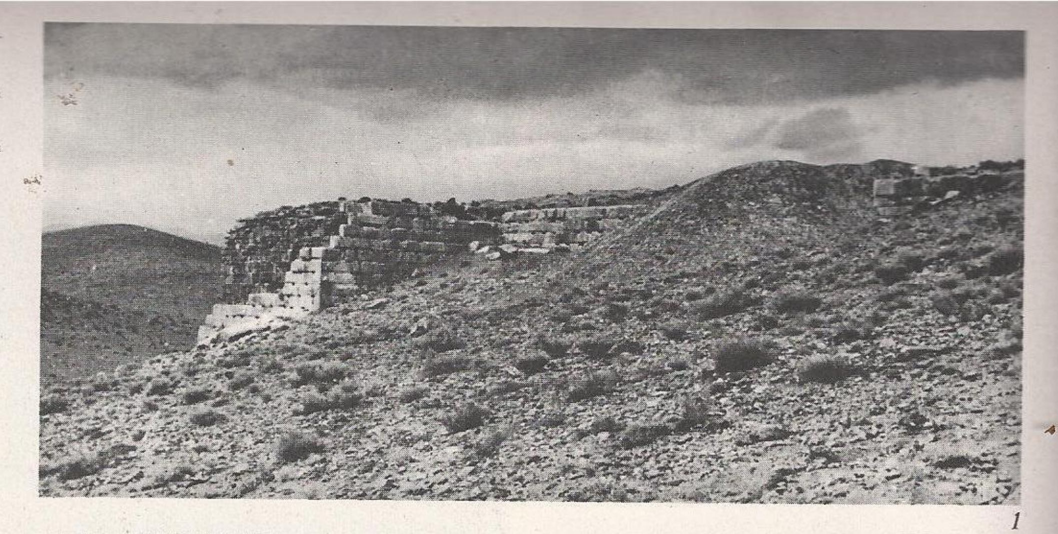
Y entonces Astiages reconoció en el pequeño soberano del juego de niños al hijo de su hija Mandane; hecho traer el niño a su presencia junto con el presunto padre, por su altivo porte y los rasgos de su rostro comprendió el engaño del que había sido víctima diez años antes, cuando había creído que Arpago había cumplido su orden. El pastor Mitridates, apremiado, reveló al rey toda la verdad y Astiages proyectó vengarse de la desobediencia de Arpago. Primero simuló con él una gran felicidad por haber reencontrado al nieto, pero luego hizo prender con un engaño al hijo de Arpago,

quien por orden suya fue matado, trozado, asado y servido en el plato del padre en el curso de un banquete. Arpago, ignaro, comió las partes del hijo que le habían sido preparadas y luego, por orden de Astiages, levantó un paño que recubría el contenido de un plato y reconoció los restos mutilados del hijo. Pero no perdió su ánimo y se controló, prometiéndose íntimamente vengarse del horrible ultraje.
Así Astiages se vengó de Arpago, responsable del frustrado asesinato del nieto. Luego preguntó a los magos qué debía hacer con el niño reencontrado, y éstos respondieron que su predicción se había verificado ya sin ningún problema para Astiages, ya que el niño se había convertido verdaderamente en rey, pero sólo en el juego con sus compañeros. Agregaron que se debía mandar lejos al niño, junto a sus padres, los soberanos de Persia. Entonces Ciro se marchó a la corte del padre Cambises y el destino confirmó inmediatamente el primer presagio de los magos. Cambises y Mandane lo recibieron con suma alegría, ya que lo habían creído muerto poco después de su nacimiento, y conocida la historia de Ciro por éste mismo, difundieron la noticia de que su hijito había sido nutrido por una perra, a fin de tornar más milagrosa su salvación.
Evidentemente, la leyenda ocupa un gran lugar en la narración de Heródoto. Un primer hecho que se pone en evidencia es el hecho de que el niño del gran destino es hijo de una hija del soberano reinante; luego, que el rey tiene un sueño premonitorio según el cual decide suprimir al niño que nace de las bodas de la hija; luego, que el recién nacido escapa milagrosamente a la muerte; que se lo cría en un lugar oscuro y secreto, y es nutrido por un ser no humano; y que, finalmente, se le roconoce su rango y se convierte en el nuevo rey: el sueño, entonces, se verifica.
El tema del recién nacido condenado a morir, salvado milagrosamente y lanzado a los más altos destinos, indudablemente forma parte de un patrimonio mítico-legendario muy difundido y que, especialmente en el Cercano Oriente, hallamos aplicado de maneras diversas a las figuras de Moisés o del Mesías, en la tradición hebrea, y de Sargón, fundador de la dinastía de Akkad, en la historia mesopotámica del III milenio a. C. En la épica iránica un tipo tal de leyenda se halla presente en el poema de Firdusi, en el cual las figuras del rey Afrasiyab, de Kai Khusrau, de Firangis, corresponden a las de Astiages, Ciro y Mandane de la narración de Heródoto. Y también en la novela histórica del Irán medieval hallamos el mismo tema repetido integralmente y aplicado a la figura del fundador de la dinastía sasánida y restaurador de la potencia persa, Ardashir i Papakan. El historiador griego racionalizó algunos aspectos del mito, pero de todas maneras, a través del velo de esta racionalización se


4

1, 2, 3, 4. Decoraciones de la Via Sacra y del Palacio de Babilonia. Reconstrucción. Berlín, Staatliche Museen.

1, 2, 3. Vistas de la terraza, denominada Takht-i Madar-i Sulaiman, que domina las ruinas de Pasargada.
(Museo nacional de arte oriental, Roma).



1



2



3

entrevé perfectamente el esquema de la que se puede definir muy bien como la "leyenda real" del Irán antiguo. Una leyenda que, en realidad, no tiene carácter popular, como se ha afirmado a menudo, sino que se trata de un verdadero mito culto, al igual que la leyenda asiria de Assurnasirpal o la acádica de Sargón, quienes en primera persona narran su historia, que es la historia de su iniciación real. Una versión totalmente diferente del nacimiento y de la adolescencia de Ciro es la que proporciona Ctesia, el médico griego que ejercitó su arte en la corte aqueménida entre 404 y 397 aproximadamente. Según Ctesia, Ciro no habraí tenido ningún vínculo de parentesco con Astiages, sino que habría sido hijo de un tal Atradates, un bandido de la tribu persa de los mardos, y de una cuidadora de cabras. Fue recién luego que Ciro se vinculó con Astiages, cuando después de la toma de Ecbatana, desposó a la hija Amiti. No es fácil establecer la veracidad de los hechos y elegir entre la versión de Heródoto y la de Ctesia, aunque la crítica histórica tuvo pocas dudas hasta ahora acerca de la substancial veracidad de la versión herodotiana, dado también el injusto juicio negativo compartido por la mayoría sobre Ctesia historiador. Sin embargo, aun cuando se estuviera de acuerdo acerca de la naturaleza evidentemente legendaria del relato transmitido por Herodoto, se podría concluir que mientras Ctesia en este caso informa los sucesos históricos, Heródoto narra y racionaliza en su mayor parte no la realidad de los hechos, sino la leyenda de Ciro, la cual intentaba legitimar la posición del dinasta persa en el trono de Ecbatana. Por lo que se podría concluir definitivamente que Ciro no fue en realidad nieto de Astiages, sino un conductor persa que deseó luego, por evidentes cálculos políticos, presentarse a los medos como sucesor legítimo del soberano depuesto, estrechando con el mismo un vínculo de parentesco ya sea real, mediante el matrimonio con Amiti, ya sea ficticio, mediante la reivindicada descendencia por línea materna de la dinastía deiocide. En cuanto a su padre real y a su propia pertenencia al clan aqueménida, ya que persisten dudas no irrevelantes –dado el carácter político e interesado que habría podido tener la genealogía de Darío I en la inscripción de Behistún, donde se dice que Ciro es un aqueménida hijo de Cambises– se debe convenir en que no se poseen elementos suficientes para negar que él fuera realmente el hijo de un aqueménida de nombre Cambises, pero sin embargo carente de toda efectiva prerrogativa real.

En cuanto a la otra fuente clásica sobre la vida de Ciro, la *Ciropedia* de Jenofonte, la misma pertenece íntegramente al género de la novela histórica, y la veracidad de los hechos casi siempre se descuida intencionalmente con el fin de hacer de la figura de Ciro un modelo abstracto del monarca ideal. Jenofonte sigue substancialmente a Herodoto, pero agrega algunas modificaciones: Astiages, por ejemplo, habría tenido un hijo, Ciaxar, que lo habría sucedido en el trono mucho antes de que Ciro se hubiera convertido en el rey de los medos, y Ciro habría vivido sin perturbaciones en la corte de su padre Cambises, el rey de los persas, hasta su decimotercer año de edad.

La juventud de Ciro, entonces, según Jenofonte, no habría conocido algunas de las peripecias de la "leyenda real" de Heródoto, ni habría habido jamás hostilidad, según este autor, entre el heredero de Cambises y el soberano medo.

La conquista de Irán

La herencia de los antiguos dominios aqueménidas, ya divididos entre los sucesores de Teispe, Ariamne y Cambises I, fue recogida por Ciro alrededor del 559 a.C., cuando él era aún un joven. Su primera obra fue la de reunificar bajo su poder personal las tribus persas, obra de reunificación y de consolidación que tuvo una señal tangible en la fundación de Pasargada, la que tuvo el mismo significado que la fundación de Ecbatana para los medos: la concentración del poder monárquico. Es cierto que la tradición atribuyó la fundación de Pasargada a Ciro, colocándola en el tiempo inmediatamente siguiente a la victoria sobre Astiages, pero esta datación no es probable, ya que una inscripción esculpida muchísimas veces sobre las pilastras y las columnas del reino, y redactada en tres lenguas, persa, acádico y elamita, lleva el título del soberano que sólo se califica como "Rey": "Yo, Ciro, el Rey, un aqueménida." Este título demuestra que en la época en que se grabó aquella inscripción Ciro no llevaba el título de "Gran Rey" ni el de "Rey de los Reyes", como habría podido llevar luego de la victoria sobre Astiages y el fin de su vasallaje. Dado que luego, en otras dos inscripciones de Pasargada, Ciro se calificó, en cambio, como "Gran Rey", y en una de ellas también como "hijo del Rey Cambises, un aqueménida", se puede deducir que estas tres inscripciones, que son las únicas que se conocen de Ciro, reflejan dos momentos diferentes: cuando él era aún sólo el rey de los persas y cuando él se había convertido en sucesor de Astiages y de la dinastía meda. El joven rey de los persas era conocido a como "Rey de Anshan", señal de que la herencia elamita, ya sea política, ya sea –como lo demuestran las versiones elamitas de las inscripciones– cultural, era particularmente fuerte entre los primeros aqueménidas, que supieron disfrutarla para su ventaja.

Tenemos muy poca información acerca de los sucesos que llevaron a Ciro al trono medo . Las únicas cosas ciertas, que resultan en primer lugar de las inscripciones babilónicas y en segundo lugar de las fuentes históricas griegas, son éstas: el joven príncipe persa con su pequeño ejército se rebeló contra Astiages en el año 556, su tercer año de reinado, y finalmente, luego de vicisitudes probablemente alternas, consiguió dominar al soberano medo, quien le fue entregado por las tropas amotinadas, que habían pasado a su lado bajo la guía de Arpago. Ciro entró en Ecbatana y se estableció como nuevo soberano sucesor de Astiages, de quien desposó a la hija Amiti. El viejo soberano fue salvado y enviado a los barcanos, una población iránica oriental, establecida probablemente en la región del Hindukush. Ctesia hace una narración de los sucesos ocurridos en Ecbatana durante e inmediatamente después del establecimiento del nuevo rey, sucesos en los cuales las otras fuentes rastrean, pero que a pesar de ello no consiguen descubrir la realidad de los hechos.

Ctesia narra que Ciro, al entrar victorioso en Ecbatana, hizo prisionero a Astiages, quien fue obligado a salir de su escondite y entregarse al vencedor para salvar de la tortura a la hija Amiti, al yerno Spitama y a los nietos Spitace y Megaberne, caídos en manos de los persas. Frente a las amenazas de Oibar, un lugarteniente de Ciro, y por la vida de su familia, el viejo soberano cedió y se entregó a los vencedores. Primeramente fue maltratado por Oibar, pero luego Ciro lo hizo liberar y le tributó honores filiales. A continuación, hizo matar a Spitama, yerno de Astiages, y desposó a Amiti, y de este modo se emparentó con la dinastía meda.

Aquel matrimonio fue un gran acto político; con el mismo, Ciro consolidó su posición ante los medos y ante los pueblos que eran sus tributarios. Sabemos, en efecto, que algunos de ellos trataron de independizarse de la corte de Ecbatana, aprovechando los cambios ocurridos, y que tales tentativas centrífugas fueron la causa y el origen de muchas guerras. Los bactrianos eran tributarios de los medos en oriente, los que hasta ese momento habían estado organizados en una poderosa confederación. A propósito de la guerra que Ciro, inmediatamente después de la conquista de Ecbatana, desencadenó contra los bactrianos, Ctesia informa que "luego de un encuentro de final incierto, los bactrianos comprenden que Astiages se ha convertido en el padre de Ciro, y Amiti en la madre y la esposa; ellos se someten espontáneamente a Amiti y a Ciro". En la obra de consolidación de su poder personal en los territorios donde se había ejercido la hegemonía meda, Ciro utilizó una política conciliatoria en cuanto a la dinastía depuesta: los honores filiales rendidos a Astiages, las bodas con Amiti fueron movimientos políticos sumamente hábiles que ya ponen en evidencia las cualidades diplomáticas de las que el conductor persa se servirá también en seguida, en medida no menor y no

menos eficazmente que de sus excepcionales dotes militares. Y hay motivos para creer, en base a las fuentes griegas, que Ciro fue sumamente prudente en la realización de esta política, por el temor de que Astiages o sus partidarios invirtieran la situación. En efecto, parece ser que movido por tales preocupaciones, luego de la sumisión del reino de Lidia, él hizo asesinar secretamente a Astiages, quien ya no servía a su política, confiando luego a la venganza de Amiti, que fue increíblemente feroz, a los ejecutores del delito: el eunuco Petesaca, que fue enceguecido, desollado vivo y crucificado, y el mismo Oibar, quien por temor a un fin análogo, desconfiando de la protección de su soberano, se dejó morir de hambre.

La sumisión de las tierras orientales del altiplano iránico, para ser total y definitiva, requería la resolución de uno de los más grandes problemas a los que se vio enfrentado el imperio persa, aun después de Ciro, y que condicionó durante siglos, con vicisitudes alternas, la historia de Asia central: la amenaza de las poblaciones bárbaras, nómades o seminómades, que presionaban desde las tierras de las estepas sobre los confines orientales del gran estado iránico. Los saka —el nombre que, según Heródoto, los persas daban a todos los escitas— se habían agrupado sólidamente en las márgenes y aun dentro de los confines de Bactriana, y una parte de los mismos se había extendido tanto a occidente, afirma Estrabón, que se había establecido en el distrito más fértil de Armenia, que en memoria de aquella ocupación llevó el nombre de Sakasene, y penetró también en el territorio de Capadocia que está próximo al Mar Negro, es decir, en la Capadocia Póntica. También cinco siglos más tarde otras tribus saka penetraron profundamente en las regiones del altiplano iránico y se establecieron al sur del Hinduskush, en el país ahora compartido por Irán y Afganistán, que tomó su nombre de ellos, Sistan (Sakastana), cuna de la tradición zoroastriana.

La gravedad del peligro que constituían los saka para la seguridad de las regiones orientales del imperio no fue ignorada por Ciro, quien durante su extenso reinado se vio obligado en numerosas oportunidades —la última de las cuales fue su fin— a marchar contra los mismos. Dario I y Alejandro seguirán sus huellas: la defensa de los confines nororientales fue uno de los máximos problemas políticos y militares que toda gran monarquía que se extendiera sobre el altiplano iránico debía tratar de solucionar en forma estable, so pena de destrucción. Las primeras campañas contra las tribus saka (los saka del rey Amorge según Ctesia, que se identifican con los saka *"amyrgioi"* de Heródoto o los saka *"haumavarga"* de las inscripciones persas) fueron combatidas por Ciro luego de la sumisión de los bactrianos, y se resolvieron, según parece, con la incorporación de los saka al ejército aqueménida, si es cierta la noticia de Ctesia de que el soberano combatió dentro de los muros de Sardes como aliado de Ciro. Vencido Astiages, sometidos los bactrianos, incorporados los saka haumavarga, el entero altiplano iránico reconocía en Ciro a su único soberano: el pequeño rey de Anshan se había convertido en el gran monarca de todas las tierras iránicas hasta el Indo, el Oxus y el Iasarte, el sucesor de la poderosa dinastía meda.

La cronología de los sucesos que siguieron a la deposición de Astiages, ocurrida en el año 556. y que llevaron a la afirmación del dominio de Ciro sobre todos los pueblos ya tributarios de los medos, no resulta de precisa delimitación. En los documentos babilónicos, mientras en una inscripción de Nabonide fechada justamente en el año 556 se dice de Astiages que "ya no existe", la denominada *Crónica de Nabonide*, posterior en algunos años, parecería colocar la victoria de Ciro entre 554 y 550. Pero se trata de una contradicción aparente; si se fija el año 556 como el año de la deposición de Astiages y de la toma de Ecbatana, entre 554 y 550 —y probablemente más hacia 550 que hacia 554— se fijará la obra de consolidación del poder de Ciro sobre las tierras ya medas o desde hace tiempo tributarias de los medos, obra política y militar al mismo tiempo. De la revuelta de Ciro contra Astiages Heródoto ha hecho una guerra nacional de liberación, la lucha de los persas contra la hegemonía de los medos. En realidad no se trató de una guerra nacional, sino de una guerra dinástica, y no podía ser de otra manera; fue sólo la historiografía griega la que le dio a la revuelta de Ciro un color nacional, atribuyéndole ideales y conceptos típicamente helénicos al pueblo persa. Heródoto ha hecho de la guerra de Ciro contra Astiages una lucha por la independencia y la libertad, del tipo, o mejor según el modelo, de aquella que los griegos debieron sostener contra los sucesores del rey persa y que, en un período de particular gravedad, sirvió para alimentar y difundir el sentimiento de la solidaridad panhelénica frente a los bárbaros. El carácter dinástico de aquella revuelta se revela en la conciliante política de Ciro en cuanto a los medos y en su intento por presentarse como un soberano legítimo, heredero de la dinastía deiocide. Tampoco se olvida que Ciro venció a Astiages, más que en el campo de batalla, en la praxis política, ya que supo asegurarse el apoyo de Arpago y de las mismas tropas medas que debían combatirlo.

Nosotros no sabemos, ciertamente, cuáles fueron los motivos que impulsaron a los generales medos a abandonar a su rey en las manos de Ciro, pero una razón, si bien hipotética, tal vez pueda hallarse en esto: el joven y enérgico soberano persa debía parecerles el instrumento adecuado para poner fin a la política de inmovilidad perseguida por Astiages. El joven Ciro debió parecer a muchos de los medos, y en particular a la aristocracia guerrera, más digno heredero del gran Ciaxar que el hijo de éste; con él podía retomarse victoriosamente la avanzada de los nuevos pueblos iránicos hacia ocidcente. Con Ciro, en suma, el imperio continuaba siendo medo, o se convertía en medo y persa al mismo tiempo, y "medo" lo definieron efectivamente aun por mucho tiempo los historiadores griegos. Fue recién con Darío I (521-486) que la supremacía del elemento persa se afirmó en gran medida aun sobre los medos, y que el imperio se convirtió, en este sentido, en algo propia y exclusivamente "persa".

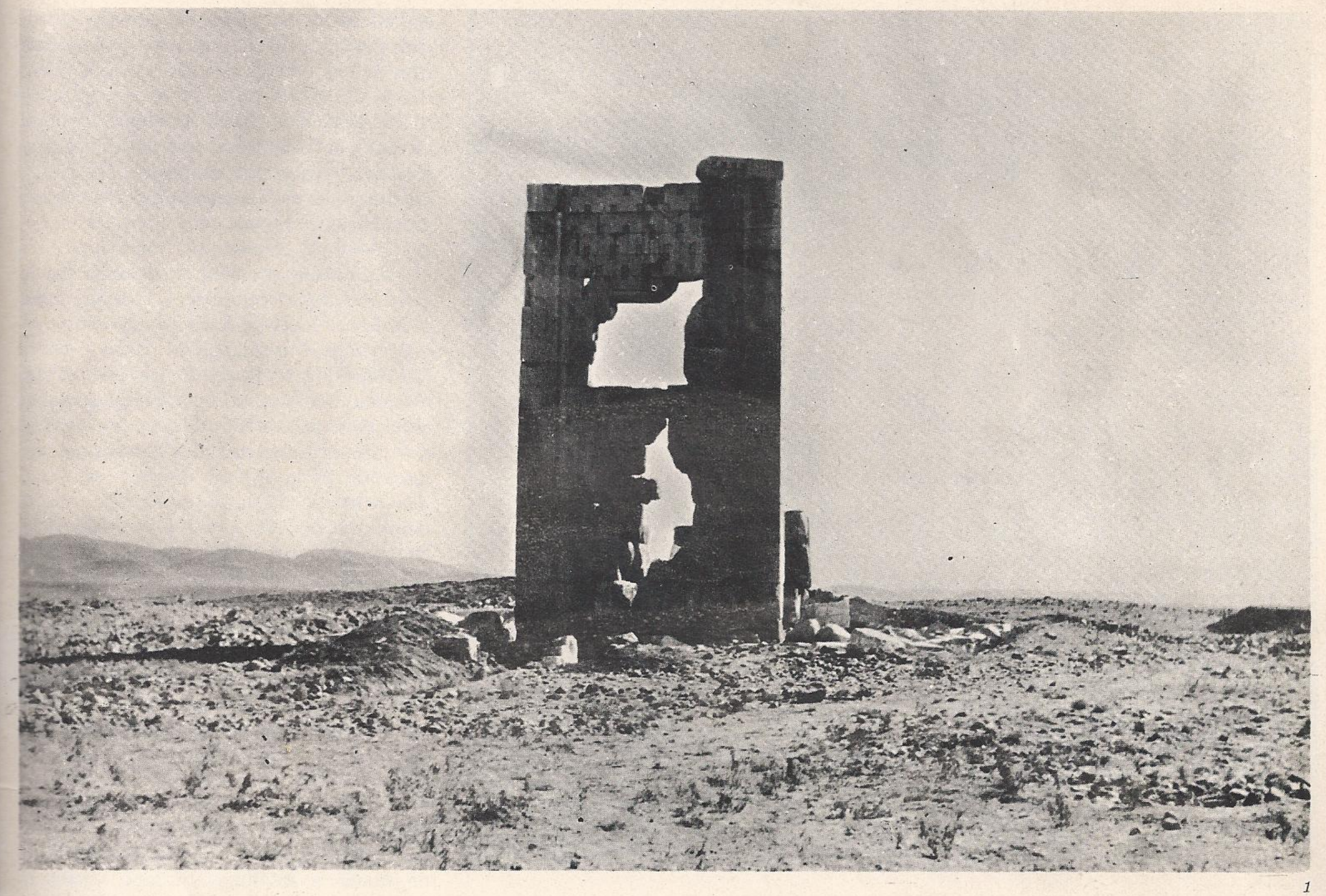
Los sucesos internos de la gran monarquía no carecieron, naturalmente, de repercusiones en los dos mayores estados limítrofes: el imperio caldeo y el reino lidio. Tanto uno como otro trataron, en períodos diversos, de aprovechar la situación confusa que se había creado en los dominios medas. En su primer año de reinado, Nabonide marchó sobre Harran, su patria, la ciudad que había sido conquistada por Ciaxar en el año 610, en la época de la coalición medocaldea contra los asirios.

Es probable que la iniciativa de Nabonide haya favorecido los planes de Ciro contra Astiages, pero la hipótesis que sostienen algunos estudiosos acerca de un pacto de alianza y de cobeligerancia estipulado por Ciro y Nabonide contra Astiages, parece infundada. Nabonide actuó en forma independiente, cuando el momento le pareció especialmente propicio dado las discordias internas producidas en la poderosa monarquía limítrofe.

Creso, rey de los lidios, esperó en cambio que los sucesos iránicos madurasen para tornar a su favor la situación con la anexión de los territorios a oriente del río Halys, el confín medo-lidio fijado por el último tratado de paz estipulado, con la mediación del rey de Babilonia y el rey de Cilicia, entre el medo Ciaxar y el lidio Aliate. Además, una consecuencia de aquel tratado parecía conferirle un derecho particular para intervenir contra el nuevo monarca persa: por la política matrimonial que había certificado el tratado entre Ciaxar y Aliate, Astiages y Creso estaban unidos por fuertes vínculos de parentesco, los cuales, tal vez, no fueron del todo ajenos a la decisión del soberano lidio de promover guerra contra el usurpador del trono medo. Como quiera que sea, Creso atravesó el río Halys probablemente en el año 547.

La conquista de Anatolia

Aquel acto era una declaración de guerra a Ciro, ahora lejano del confín lidio. En efecto, justamente aquella lejanía había inducido a Creso a la acción, ya que la anexión del territorio de los capadocios si-



1

rios le debía parecer, en aquellas circunstancias, de gran facilidad; la reacción persa, de haber ocurrido, dada la confusa situación interna, se habría hecho esperar mucho tiempo y los lidios habrían podido consolidar de tal modo su dominio sobre las nuevas tierras anexadas. Pero los planes de Creso no funcionaron; Ciro respondió con increíble prontitud y energía. La *Crónica de Nabonide* relata los sucesos de aquella guerra con un ritmo cerrado, apto para demostrar bien la oportunidad y la eficacia de la reacción de Ciro: "En Nisán (hacia abril) Ciro, rey de los persas, reunió las tropas y atravesó el Tigris en Arbela. En Ayyar (hacia mayo) marchó sobre la tierra de Lidia, abatió a su rey, tomó sus bienes y emplazó una guarnición propia. Luego su guarnición y el rey se establecieron." Antes de que la nieve cubriera los pasos de la montaña, Ciro se puso en marcha con el ejército, desde Asiria.

Sobre las vicisitudes de la guerra nos informa Heródoto, pero también en este caso, sus noticias se toman con cautela. Resulta inverosímil, por ejemplo, la alianza de Creso con el faraón Amasis, con Nabonide y con Esparta, una alianza que habría sido totalmente inoperante durante todo el conflicto. En realidad, se ha demostrado que la noticia herodotiana sobre el pacto lidio-espartano carece de fundamento y, sin duda, el escepticismo de los historiadores con respecto a la alianza con Esparta se justifica aún más en cuanto a la alianza presunta con Egipto y Babilonia. El hecho es que Herodoto representó el drama de Creso a la luz en que había sido puesto por los sacerdotes de Delfos, a quienes les importaba hacer resaltar la *hybris* del monarca lidio contrapuesta a la perspicacia de Ciro; la derrota sufrida por Creso, no obstante los poderosos aliados con los que se podría haber favorecido, hacía aún más evidente su orgullosa vanidad y la ineluctabilidad del hecho que incumbía a la dinastía de los Mermnados, descendiente del traidor Giges. Más verosímil, en cambio, es la narración de Heródoto de los sucesos bélicos que pueden resumirse de esta manera: una primera batalla en la región capadocia de Pteria, si bien no fue decisiva, mostró la superioridad del ejército de Ciro; Creso se retiró a su capital, Sardes, seguido por Ciro; una segunda batalla también se resolvió a favor de Ciro; Sardes fue ocupada finalmente luego de un breve asedio. Ciro había vencido largamente; la formidable caballería pesada lidia había sido derrotada por la habilidad táctica del conductor persa y por la estrategia del medo Arpago, quien, alineando en primera fila a los camellos, extensivamente empleados en el transporte de las vituallas, obtuvo el resultado de desorientar a los caballos de los lidios.

Entre las anécdotas con las que Heródoto

1. Pasargada: Zendan-i Sulaiman (Museo nacional de arte oriental, Roma).

En las páginas siguientes:

1. 3, 4. Ruinas del palacio residencial de Ciro (Palacio P) en Pasargada (Museo nacional de arte oriental, Roma).

2. Relieve con la representación de un genio alado sobre la pilastra de ángulo del palacio residencial de Ciro en Pasargada (Museo nacional de arte oriental, Roma).


1


2

embellece su narración se consideran especialmente, por su probable fondo histórico, la del oráculo de Delfos, que aconsejó a Creso descender al campo, y la de la suerte que le tocara al soberano lidio, salvado por Ciro, quien se convirtió —según Heródoto— en su fiel consejero.

La conquista de Sardes era ciertamente un grandísimo paso adelante hacia la sumisión de toda la península anatólica, pero no significaba todavía el dominio hasta las costas del Mediterráneo. Griegos, licios y carios se hallaron frente a una situación imprevistamente cambiada. Al no conocer los fines y los planes de los vencedores, nacieron entre ellos inquietudes y sospechas: ¿era necesario intentar una resistencia? En algunas ciudades griegas se delineó un propósito de revuelta contra el nuevo estado de cosas constituido por la inminente amenaza persa y se creyó estar en grado de enfrentar al ejército de Ciro. Pero bien pronto el cálculo se demostró equivocado. Vencidos los lidios por los persas, los griegos jónicos y los eólicos de Asia Menor enviaron embajadores a Ciro con el pedido de que éste exigiera un tributo a sus ciudades igual al estipulado con los lidios, y que mantuviera las condiciones políticas. Pero tal vez estos pedidos habrían sido aceptados por Ciro si los griegos, al formularlos, no hubieran esperado el éxito de la guerra con Creso, durante la cual, además, no habían hesitado en unirse a los lidios. Ahora, cambiada radicalmente la situación, Ciro hizo un buen juego al rechazar aquellos pedidos, para imponer sus condiciones, estudiando al mismo tiempo, la manera de debilitar el campo adversario. Y mientras la alianza panionica se aprestaba a la resistencia armada, la más fuerte de las ciudades jónicas, Mileto, trataba separadamente con los persas, obteniendo para sí sola el restablecimiento de las mismas condiciones tributarias mantenidas con los lidios. A la defección de Mileto se agregaría luego, para desventaja de la resistencia común, el escaso empeño de las dos ciudades jónicas insulares, Samos y Quios, las cuales, por su posición y por la inexistencia de una flota persa, se consideraron al seguro de toda sorpresa. A los jónicos decididos a combatir se unieron también las ciudades eólicas, las que se decidieron a pedir ayuda a Esparta. Los espartanos no se dejaron persuadir a descender al campo contra los persas, pero según Heródoto, se limitaron a enviar un embajador a Ciro con el desafío de no atacar a ninguna ciudad griega. Informa Heródoto que a las palabras del heraldo, Ciro preguntó quiénes ern estos espartanos que osaban tanto, y una vez obtenida la información declaró: "Hasta ahora no he temido jamás a los hombres que tienen en el centro de su cuidad un lugar fijo donde reunirse para intercambiar falsos juramentos y engañarse entre sí; si continúo gozando de buena salud, ellos conversarán

de sus propias desgracias, y no de las de los jónicos." Como lo observara acertadamente el autor de una obra muy reciente sobre las relaciones entre Persia y Grecia desde el 546 al 478 a.C., en estas palabras que el historiador griego le adjudica a Ciro se percibe la "incompatibilidad de temperamento" entre los sistemas sociales griego y persa. Los persas, como declara inmediatamente después Heródoto, no tenían mercados públicos; su sistema económico y social y sus costumbres de vida eran eminentemente feudales, y la actividad comercial, tan hábilmente practicada por los griegos, les resultaba absolutamente ajena, más aún, era considerada por los persas como una actividad de rango inferior y totalmente indigna de hombres nobles. Ciro dispuso los planes de las operaciones militares para abatir la resistencia de los griegos, de los carios y de los licios, y confió al persa Tabalo el fuerte de Sardes. En efecto, se aprestaba a dejar Lidia para ocuparse personalmente de otras cuestiones más graves. A un lidio de nombre Pactia le confirió el encargo de transportar los tesoros de Creso y de los otros lidios, y entonces se puso en marcha hacia Ecbatana sin preocuparse demasiado, al menos en un primer momento, de los jónicos y de sus propósitos belicosos. Evidentemente, la defección de Mileto del campo de la resistencia griega, debida a una habil política discriminatoria, restaba a los planes de los griegos gran parte de su relativa peligrosidad. Mientras tanto los babilónicos, los bactrianos, los saka y los egipcios —según Heródoto— provocaban graves dificultades al nuevo imperio iránico, para los cuales era necesaria la decidida intervención del soberano.

Sardes había sido respetada y a los lidios se les había dejado las armas y también, como lo demuestra el caso de Pactia, importantes encargos en la administración pública. Pero muy pronto Ciro debió arrepentirse de su política. En efecto, apenas había dejado Sardes para ponerse en camino hacia Ecbatana cuando Pactia, poderoso por los tesoros que custodiaba, enroló un ejército mercenario y marchó sobre Sardes. Tabalo se encerró en la acrópolis en posición de defensa, y los rebeldes rodearon la ciudad en asedio. Pero la reacción de Ciro, también esta vez, fue inmediata y adecuada a las circunstancias. El medo Mazar fue encargado de reducir a los revoltosos y de capturar a Pactia a toda costa, mientras Ciro continuaba hacia Ecbatana. Mazar desarrolló su tarea con celeridad y destreza: los lidios arrojaron las armas y Pactia huyó a la ciudad eólica de Cuma. Restaba, justamente, hacer prisionero a Pactia, y Mazar se puso a la búsqueda, logrando conquistar el oráculo de los Branquidos y a los habitantes de Quíos, que finalmente le entregaron al fugitivo. Los últimos focos de la rebelión lidia fueron sofocados en forma definitiva por las



3



4

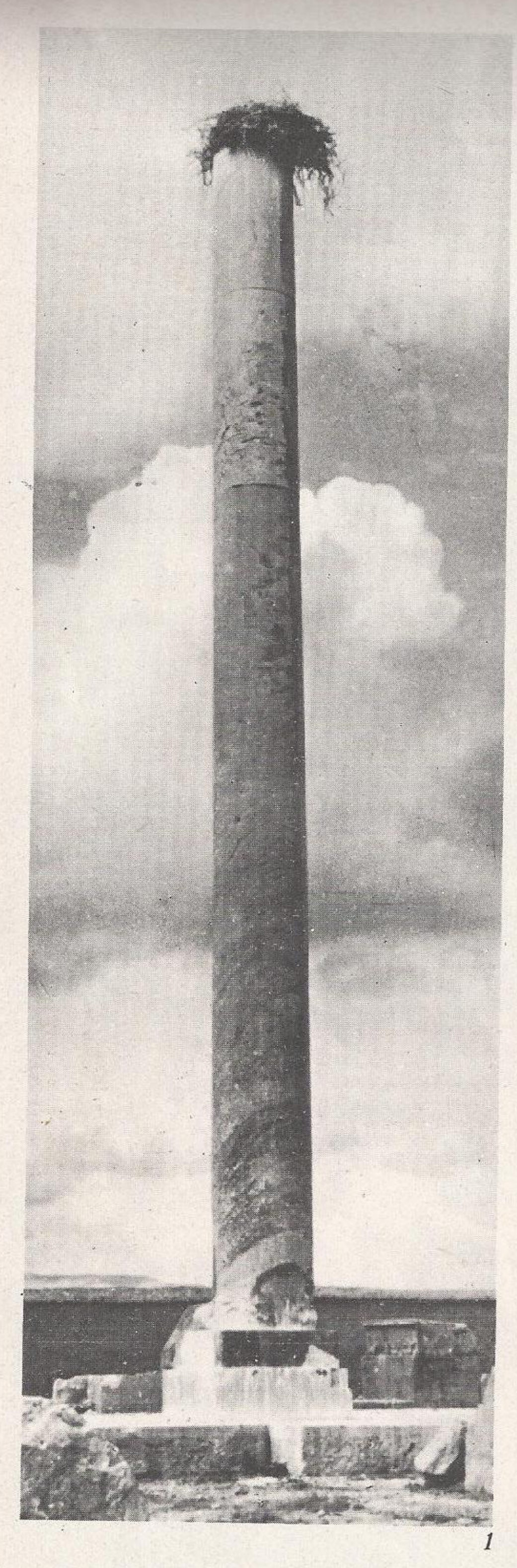


1

1, 2. Ruinas del palacio de las audiencias de Ciro en Pasargada: la columna central es el portal (SEF).



2



1

2

3

1, 2, 3. Ruinas del palacio de las audiencias de Ciro en Pasargada (Museo nacional de arte oriental, Roma).

tropas de Mazar, quien poco después moría de muerte natural. Otro medo, Arpago, aquel que había tenido una parte tan importante en la deposición de Astiages, fue elegido por Ciro para sustituir a Mazar y llevar a su término la sumisión de toda la península anatólica. Salvo los habitantes de Focea y de Teo, quienes prefirieron el exilio a la sujeción persa, los otros griegos, a excepción de los milesios que habían pactado con Ciro, se encontraron en batalla con Arpago y, derrotados, reconocieron la hegemonía persa, seguidos en ello por los connacionales de las islas, atemorizados por la suerte que les había correspondido a sus hermanos. Luego fue el turno de los carios, quienes no opusieron gran resistencia: de los licios y los caunos, que en cambio se batieron con desesperado valor. La sumisión del Asia Menor a Ciro era completa;; lidios, griegos, licios, carios, caunos se plegaron ante el oro y las armas de los generales medos y persas entre 547 y 546. El encuentro griego-persa del año 546 marca el comienzo de la cuestión griega por el imperio aqueménida. Inmediatamente después de la victoria sobre los lidios, Ciro debió considerar las relaciones con los griegos como un problema de importancia vital. En efecto, antes que todo, las colonias griegas no podían constituir de ninguna manera un peligro militar para el nuevo imperio; en segundo lugar, su fuerza se hallaba en buena medida en el mar, con la que la potencia persa no tenía aún motivo para medirse; luego el problema de la sumisión era, desde un punto de vista estratégico, más bien simple, y Ciro ni siquiera deseó ocuparse personalmente. También a Ciro, como a sus sucesores, se le planteó sin embargo un problema político: la previsión lúcida y realista de las consecuencias de una acción de fuerza contra los griegos de Asia y de las reacciones posibles de los griegos de la madre patria. Las líneas esenciales de la política que Ciro se desarrolló con los griegos fueron éstas: mantener dividido con todos los medios el campo griego y asegurarse la hegemonía política a cambio de la concesión de una relativa libertad de comercio. Y sin más se puede afirmar que cuando la política persa siguió estas directivas, respetando los límites, siempre tuvo pleno éxito.

Las ciudades-estados griegas de la costa asiática, luego de un período de guerras alternas con los soberanos de Lidia, habían llegado con Creso a un *modus vivendi* ventajoso. La pérdida de la libertad política se había visto recompensada por el mantenimiento de una absoluta autonomía interna, tanto cultural como económica. El tributo por el cual estaban ligados a la monarquía lidia bien pronto resultó poca cosa comparado con las riquezas que derivaban a las cajas ciudadanas de los tráficos marítimos. Además, la abolición de toda barrera entre los puertos griegos y la parte interna del reino lidio había facilitado e incrementado notablemente el comercio. La independencia de las ciudades griegas de las islas, que no podían ser alcanzadas por los lidios, y el florecimiento y la fuerza marinera de los hermanas de la madre patria constituían para ellos otras garantías.

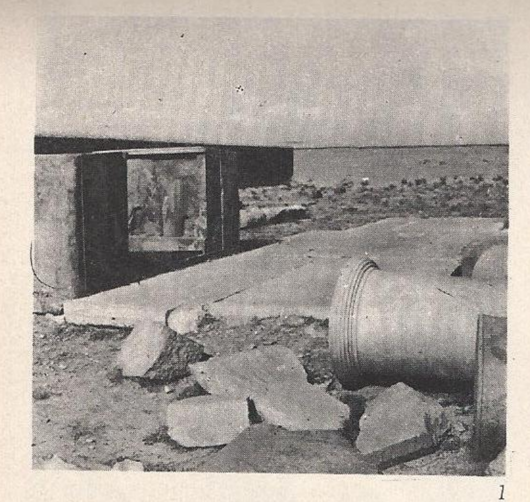
Los lidios, por otra parte, no tuvieron jamás el serio y duradero proyecto de constituirse en un estado poderoso en el mar: su reino feudal permaneció siempre esencialmente ligado al desarrollo agrícola, y como consecuencia, sus objetivos expansionistas no estaban dirigidos a occidente, sino a oriente. Aparte de ello, con Creso la monarquía mermnade había entrado definitiva y sensiblemente en la órbita cultural de la civilización helénica; lo demostraban los tributos y las ofertas que hacía continuamente el soberano lidio al máximo santuario nacional de la Grecia libre, el de Delfos. Todas estas razones, aparte de la posibilidad de una represalia lidia en el caso de una derrota persa, fueron ciertamente suficientes para determinar la posición de los jónicos y los eólicos en el año 547.

En 546 el sentimiento nacional de los helenos de Asia pareció concordar perfectamente con sus intereses económicos; era necesario resistir a los persas que habían demostrado la intención de imponer a los colonos griegos condiciones más duras de las que habían sido contratadas con los lidios. Aparte de la perspectiva de un tributo más oneroso se debía agregar el temor a un cambio radical en la vida económica. La inclusión en un estado de proporciones mucho más vastas que las del lidio, y que además se expandía a ojos vistas, debió hacer reflexionar a los gobiernos ciudadanos griegos: ¿cuáles serían las condiciones que se fijarían para el comercio con el interior, que constituía gran parte de sus riquezas? ¿Cómo habrían podido concordar los intereses de un estado tan vasto con los de las pequeñas ciudades-estados? ¿Dónde se detendría el empuje expansionista del imperio aqueménida? Luego del año 546 aquellas incógnitas se dilucidaron y se perfiló la posibilidad de un acomodamiento proficuo con los persas, quienes con su política alternativamente dura o conciliadora, pero siempre flexible y realista, habían logrado procurarse innumerables partidarios y aun el favor de los dos importantísimos oráculos de Apolo, délfico y didimeo. El oráculo de Delfos les había acordado claramente su apoyo cuando disuadió a los habitantes de Cnidos de sus propósitos de resistencia a Arpago, y también el oráculo de los Branquidos cuando aconsejó a los cumeos que entregaran a Pactia en manos de Mazar. Y también es sumamente probable que los Branquidos no hayan sido ajenos a la dirección de la política de Mileto, por la cual aquella poderosa ciudad no había participado en la guerra antipersa y, antes bien, había logrado llegar a un acuerdo con Ciro. El campo de los griegos ya se mostraba por entonces muy dividido, y la oposición que una parte del mismo hizo a Mazar o a Arpago no debió ser muy decidida. Los persas promovieron en las ciudades griegas la institución de gobiernos tiránicos, ya que la persona del *tyrannos* les resultaba más controlable que las antiguas asambleas ciudadanas.

La política inaugurada por Ciro tuvo pleno éxito desde el momento en que alcanzó brillantemente el objetivo prefijado: abatir la resistencia de los griegos, no tanto o no sólo con la fuerza de las armas como con la obstaculización de la formación de una oposición política. Ésta se produjo con el tiempo, de a poco, con la creciente influencia de los partidos aristocráticos griegos en desacuerdo con las tiranías filopersas.

La conquista de Babilonia

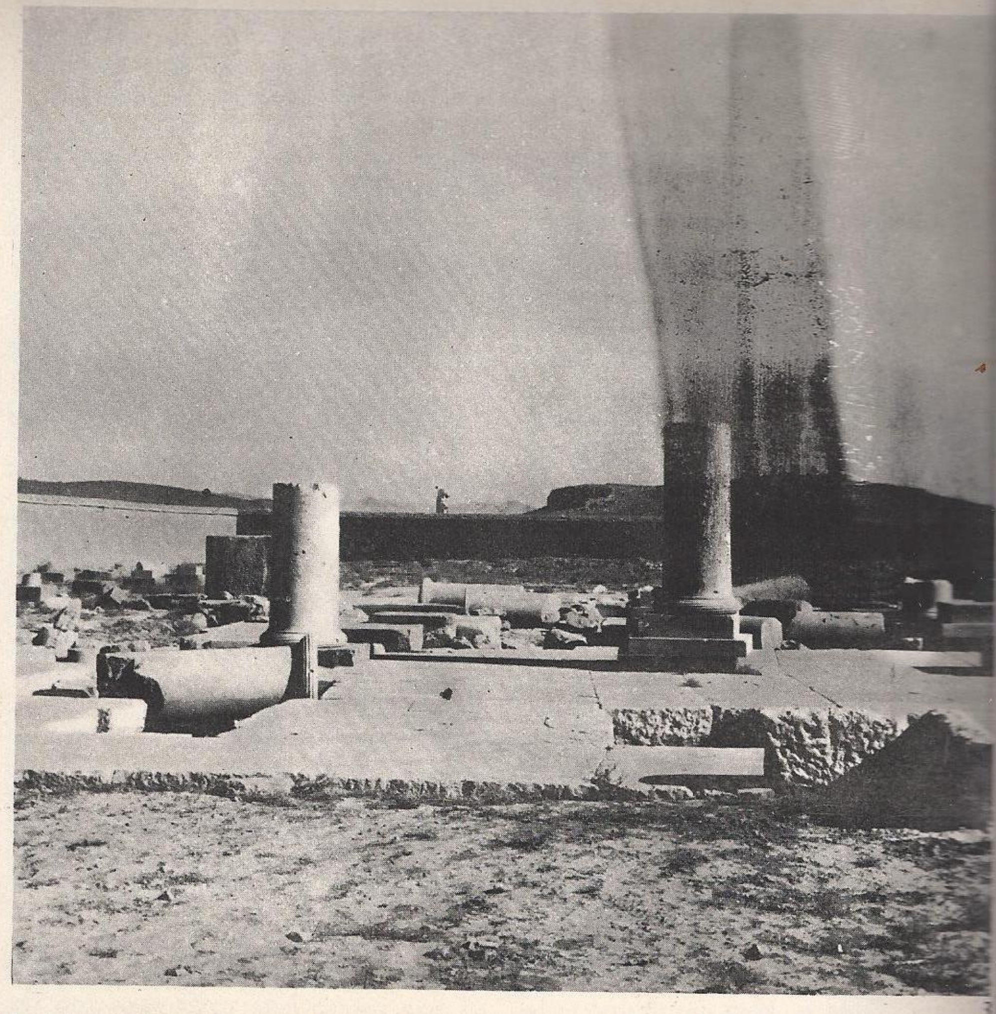
En el mismo año de la campaña militar contra Creso —547— o inmediatamente después en el año 546 Ciro extendió su hegemonía sobre Armenia, ya tributaria de Astiages, y sobre el reino de Cilicia, formalmente independiente bajo la dinastía de los Sieneses, pero hasta ese momento gravitante en la órbita mesopotámica. La influencia caldea ya había sido atacada en Cilicia por una revuelta armada que Nabonide, al comienzo de su reinado, había debido neutralizar. Es probable, por lo tanto, que los cilicios hayan pasado a la hegemonía persa sin problemas, separándose voluntariamente de Nabonide hacia el año 546, inmediatamente después de la victoria de Ciro sobre Creso. De esta manera se explica que los cilicios hayan podido conservar su dinastía, aun convirtiéndose en tributarios de los persas. El testimonio de Jenofonte sobre este punto parece bastante verosímil: Ciro no propuso sus sátrapas a los cilicios, ya que éstos voluntariamente eligieron a los militares a su lado. En cuanto a Armenia, fue reducida a la obediencia por Ciro durante su marcha sobre la Capadocia ocupada por Creso (547) o durante su vuelta de Sardes hacia Ecbatana (546). Si la anexión de Armenia consolidaba y aumentaba el poder del nuevo soberano iránico, la hegemonía alcanzada sobre el reino de Cilicia representaba un duro golpe para el imperio babilónico, que perdía así una de las mayores fuentes de materia prima: el hierro, esencial para el armamento de los ejércitos, provenía en su mayor parte de las minas de Cilicia, rica en yacimientos. La vía comercial que partía de Babilonia y llegaba al Asia Menor pasada por el importante centro ciudadano de Harran, por cuya posesión se había batido Nabonide. Pero ahora el control de aquella ciudad significaba bien poco; la vía se interrumpía en las puertas del Asia Menor, y en toda



1



2



3

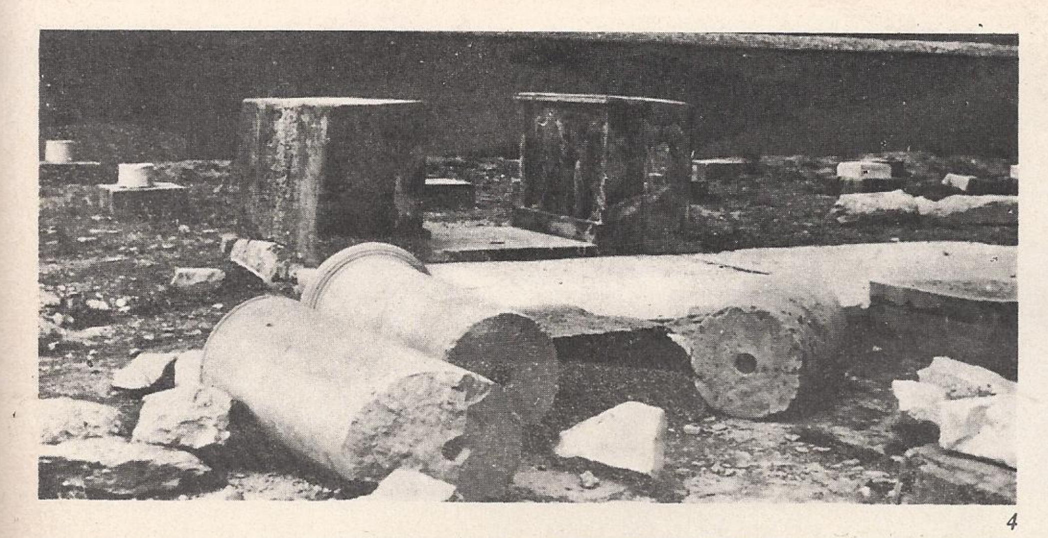
la extensión de los confines septentrionales, desde el Mediterráneo al Golfo Pérsico, Babilonia estaba cercada por el gran imperio iránico; sus reservas se consumían de año en año, y hacia el sur no tenía más que una extensión desértica, más allá de la cual se extendía otra vía comercial menor que, costeando el Mar Rojo, desde el sur de Arabia llegaba a la región sirio-palestina. Parece ser que Nabonide se vio obligado por aquella difícil situación y por la incesante y creciente presión iránica a recurrir justamente a las reservas de Arabia para romper el cerco que de a poco se cerraba en forma amenazante en los confines septentrionales de su imperio.

Ciro tardó en cerrar ese cerco, y en los años que siguieron a la conquista del Asia Menor se dedicó a una paciente obra política tendiente a minar desde el interior la compatibilidad de la monarquía caldea y la posición de Nabonide. Así que mientras se ocupaba de la organización de los nuevos dominios agregados a su corona y de la situación de los confines orientales del imperio, conduciendo probablemente otra expedición militar contra la tribu saka, operaba diplomáticamente en cuanto a Babilonia, avivando desórdenes y descontento, inspirando defecciones e imprevistos cambios de opinión y amenazando las fronteras con movimientos y disturbios. En 546 el gobernador de la provincia de Gutium, Ugbaru o Gubaru (el Gobryas de Jenofonte) se rebeló a Nabonide, su soberano, y pasó al bando de Ciro, y el gobernador babilónico de la ciudad de Uruk fue atacado por tropas elamitas.

Pero el peligro mayor para Nabonide derivaba de la confusa situación interna de la monarquía mesopotámica. La muerte de Nabocodonosor en el año 562 había dado comienzo a un gran conflicto interno que fue crucial para el nuevo imperio de Babilonia. Un conflicto que tuvo aspectos religiosos, étnicos, sociales, y que le dio a Ciro la oportunidad de incluirse en la política babilónica, no como un ajeno sino como partidario de una facción guiada justamente por aquellos que deseaban defender las tradiciones y los privilegios de la gran capital mesopotámica.

Nabonide había subido al trono de Babilonia luego de una conjuración de palacio que había destronado al soberano Labashi-Marduk. Hijo de dos personajes importantes de la ciudad de Harran (el padre era gobernador y la madre sacerdotisa del dios lunar Sin), había sido llevado al trono por el partido "aramaico-asirio", que tenía su centro en la Mesopotamia septentrional y en Siria, y fuertes apéndices en Asiria. El ascenso de Nabonide había sido una derrota para el partido "caldeo-babilónico", encabezado por el importantísimo clero del dios Marduk, el heredero más directo de la política de los primeros soberanos caldeos, Nabopolasar y Nabucodonosor, artífices de la independencia de Babilonia de Asiria y fundadores de su nueva hegemonía. El conflicto se agudizó ciertamente con los primeros actos de Nabonide: la reconstrucción del gran templo de Sin en Harras, destruido por los medos en 610, y la asunción del título oficial de los soberanos asirios.

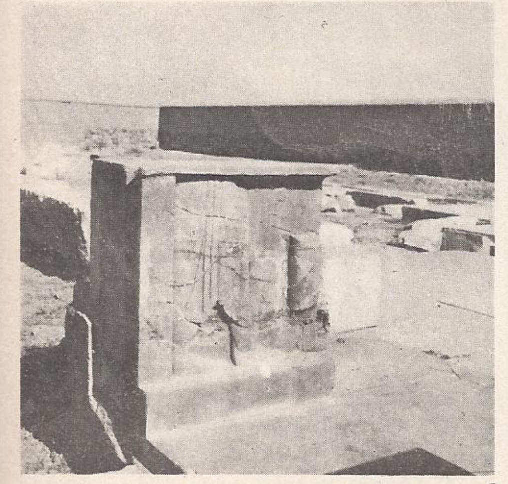
Se ha deseado ver en el conflicto entre Nabonide y el clero de Babilonia una lucha signada por motivos altamente ideales; por una parte el partido "aramaico-asirio" habría perseguido un ideal político-religioso netamente universalista, según el lema de la religión de Sin, que se ha deseado definir como un "dios universal"; por la otra, el partido "caldeo-babilónico" habría seguido un ideal más estrecho, de carácter nacional, según la religión de Marduk, un "dios nacional". La tesis de una contraposición de los dos partidos, uno universalista y el otro nacionalista, se erige sobre bases muy débiles, ya que las definiciones de dios universal y de dios nacional referidas respectivamente a Sin y a Marduk son, ante todo, gratuitas, desde el momento que es bien sabido que el dios lunar venerado por Nabonide no era despreciado por el clero babilónico como si fuera el verdadero Sin del tradicional panteón mesopotámico, sino al contrario como a un falso dios, extranjero y bárbaro, no Sin sino Ilteri; en tanto el sincretismo religioso del sacerdocio de Babilonia había



4



7

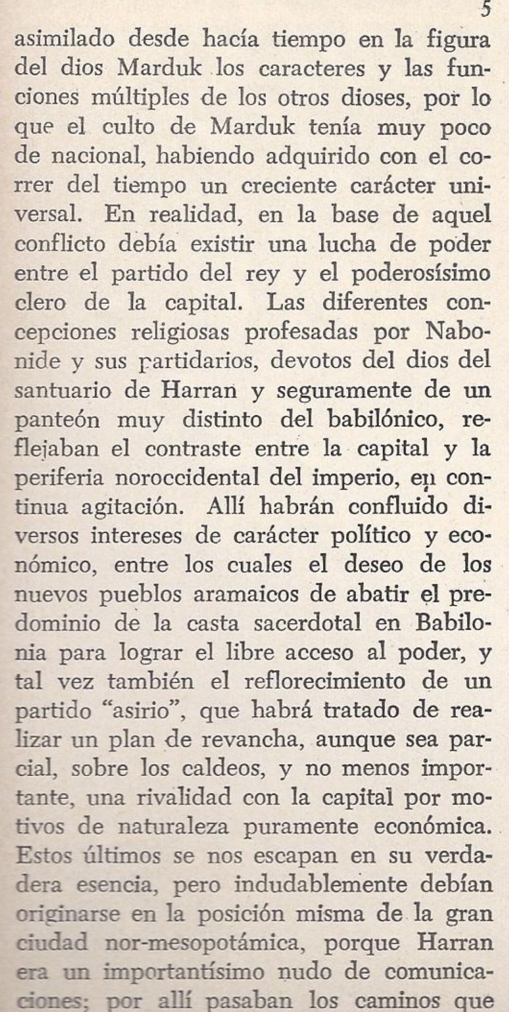


5



6

1 - 7. Ruinas del palacio R en Pasargada (Museo nacional de arte oriental, Roma).



asimilado desde hacía tiempo en la figura del dios Marduk los caracteres y las funciones múltiples de los otros dioses, por lo que el culto de Marduk tenía muy poco de nacional, habiendo adquirido con el correr del tiempo un creciente carácter universal. En realidad, en la base de aquel conflicto debía existir una lucha de poder entre el partido del rey y el poderosísimo clero de la capital. Las diferentes concepciones religiosas profesadas por Nabonide y sus partidarios, devotos del dios del santuario de Harran y seguramente de un panteón muy distinto del babilónico, reflejaban el contraste entre la capital y la periferia noroccidental del imperio, en continua agitación. Allí habrán confluido diversos intereses de carácter político y económico, entre los cuales el deseo de los nuevos pueblos aramaicos de abatir el predominio de la casta sacerdotal en Babilonia para lograr el libre acceso al poder, y tal vez también el reflorecimiento de un partido "asirio", que habrá tratado de realizar un plan de revancha, aunque sea parcial, sobre los caldeos, y no menos importante, una rivalidad con la capital por motivos de naturaleza puramente económica. Estos últimos se nos escapan en su verdadera esencia, pero indudablemente debían originarse en la posición misma de la gran ciudad nor-mesopotámica, porque Harran era un importantísimo nudo de comunicaciones; por allí pasaban los caminos que unían a Babilonia con el Asia Menor y Siria. El control de aquella ciudad debía significar, en buena medida, el control de la vida económica de las regiones meridionales y, por lo tanto, de la capital misma. Cuando las vías de comunicación que pasaban por Harran fueron interrumpidas por el cerco iránico, que absorbió toda Asia Menor y Cilicia, Nabonide se vio obligado a buscar otra salida para huir al asedio, e intentó, pero en vano, abrirse un camino a través del desierto que lo uniese con el de las caravanas de Arabia, que costeaban el Mar Rojo. Entonces Harran perdió rápidamente su importancia y el clero de Babilonia intentó la revancha.

El conflicto del rey con el gran sacerdocio de la capital no estalló inmediatamente luego del ascenso al trono; en un primer momento debió ocultarse bajo las cenizas. Al comienzo, en efecto, Nabonide respetó las costumbres tradicionales de los predecesores, a las que aquel clero estaba ligado indisolublemente. El 31 de marzo de 555 comenzó la gran fiesta del principio de año babilónico (*akita*), durante la cual el soberano desarrolló las funciones reservadas al rey y tomó entre las suyas, como era la costumbre, las manos del dios Marduk. Luego de lo cual visitó los grandes santuarios de Babilonia, el del dios Shamash, el Sol, en Larsa; el del dios Sin, la Luna, en Ur; el de la gran diosa Ishtar, en Uruk.

Muy pronto, sin embargo, Nabonide puso en obra su programa de instauración de un culto lugar más vasto con sede en Harran, que se hallaba aún en manos de los medos. Él aprovechó la ocasión de la revuelta persa contra Astiages para realizar su plan; a un sueño, como otras veces en la historia de la época, se le atribuyó la inspiración de aquella empresa.
El mismo Nabonide narra que el año de ascenso al trono se le aparecieron en el suelo los dioses Marduk y Sin, y el dios de Babilonia le ordenó reconstruir el antiguo E-khul-khul, el santuario del dios de Harran. Esta versión del sueño, en la que el mismo Marduk es quien decreta la reconstrucción del templo de Sin, sirvió tal vez para tranquilizar a los sacerdotes de Babilonia. Pero Nabonide le expone a Marduk la dificultad de la empresa, debida a la presencia de los medos en la ciudad, y el dios responde: "Los Umman-manda (los medos) de quienes has hablado, él, su reino y los reyes que marchan a su lado, ya no existen: el tercer año, los dioses hicieron surgir a Ciro, rey de Anshan, su joven siervo, con su pequeño ejército abatió a los numerosos Umman-manda; hizo prisionero a Ishtumega (Astiages) rey de los Umman-manda y lo llevó a su tierra".
El plan de Nabonide con respecto a las regiones occidentales de su imperio incluía una serie de campañas militares que debían servir para restablecer y consolidar la soberanía de Babilonia en aquellas tierras. Según la *Crónica*, en el primer año de reinado reunió un ejército y marchó sobre Cilicia, donde evidentemente una revuelta antibabilónica había requerido la intervención armada del soberano. Inmediatamente después Nabonide se ocupó de Siria y de sus príncipes infieles, y se llevó a Hamath; luego continuó su expedición hacia el sur, y guerrilleando entró en el reino de Edon, al oriente de Judea. En tanto había dado comienzo a los trabajos de reconstrucción de E-khul-khul en Harran y había propuesto al gobierno de la capital a su hijo Belshar-usur, el bíblico Baltasar.
Por las razones que se mencionaron, Nabonide se dirigió siempre hacia el sur a través del desierto árabe con el fn de tomar posesión de los centros caravaneros de la península de Arabia, que se extendían en forma paralela a la costa del Mar Rojo. El ejército babilónico ocupó los centros que se hallaban a lo largo del camino de las caravanas que unían el sur de Arabia con Palestina, y el soberano se estableció en el oasis de Teima durante un largo período de años, durante los cuales se desinteresó del culto de Marduk. En Babilonia, el descontento para con él crecía; las fiestas del principio de año no se celebraron más a causa de la ausencia del rey, a quien el sacerdocio acusó de impiedad; las condiciones económicas empeoraron rápidamente por el encierro en que la Mesopotamia se veía oprimida por el mal gobierno del príncipe Bel-shar-usur; la lejanía de Nabonide de la capital, tan prolongada, tal vez también por motivos de salud (como lo dejaría entrever en un texto del Mar Muerto, recientemente publicado), aceleró el momento del derrumbe total y definitivo.
En el año 539 Ciro consideró madura la situación política para atacar Babilonia en forma fulminante. Al acercarse el ejército iránico, Nabonide evacuó las ciudades más amenazadas, transportando a las divinidades protectoras dentro de los muros de Babilonia a efectos de que no cayeran en poder del enemigo. Ciro dio batalla y derrotó a los babilonios en la desembocadura del Tigris. Nabonide se retiró una vez más y pidió ayuda a la diosa Ishtar de Uruk. Era marzo del año 539. El 4 de abril siguiente fue celebrado el comienzo de año de Babilonia, que Nabonide presenció, con la esperanza de reconciliarse con el poderoso clero de Marduk. El rey dio orden de llevar a la capital a los dioses de Marduk, Kish y Hursagkalama. Los habitantes de aquellas ciudades, privados de sus divinidades protectoras, se sintieron abandonados en las manos del enemigo, y el descontento contra el soberano creció. Éste, por otra parte, parece que no cumplía ni siquiera en aquellos momentos con sus propósitos innovadores en materia religiosa, y que realizaba durante aquellas ceremonias inexactitudes tales que provocaban la indignación de los sacerdotes.
A comienzos de octubre Ciro dio batalla otra vez en Opis, sobre el Tigris, y venció nuevamente a los babilonios. El golpe infligido por Ciro probablemente intentaba tomar por sorpresa la línea fortificada de Babilonia, el denominado "muro medo", hecho construir por Nabucodonosor para salvaguardar a la capital de eventuales sorpresas por parte de los medos. Esta línea fortificada se extendía desde el Éufrates al Tigris más o menos a la altura de las ciudades de Sippar y de Opis. En efecto, una vez conquistada Opis, la avanzada persa prosiguió en dos direcciones; Gubaru con las tropas de Gutium marchó inmediatamente sobre Babilonia, y Ciro, con el grueso del ejército se trasladó a Sippar, que el 11 de aquel mes fue ocupada por los persas. La línea fortificada estaba ya fuera de combate; Ciro, con una táctica operativa, la había dejado a sus espaldas. La orden dada a Gubaru de marchar en forma fulminante sobre Babilonia tenía dos propósitos: impedir con una maniobra por sorpresa que Nabonide pudiera atrincherarse en la capital;; hacer ocupar Babilonia no con tropas extranjeras, sino con los contingentes de Gutium. Nabonide, quien se hallaba con el ejército derrotado cerca de Sippar, huyó a Babilonia, pero cuando llegó halló también ahí a las tropas enemigas: el 13 de octubre del año 539 Gubaru, el gobernador rebelde, había entrado en la capital y había tomado posesión. Nabonide fue hecho prisionero; la última tableta fechada con su nombre es del día 14 y fue escrita en Uruk, donde evidentemente no había llegado aún la noticia de la caída. El 29 de octubre Ciro hizo su entrada triunfal en Babilonia, recibido como un libertador y un pacificador. Beroso transmite la noticia de que Ciro le concedió la gracia de la vida a Nabonide y lo relegó en exilio en Carmania. Al igual que para con Astiages y Creso, también con Nabonide Ciro siguió una política tolerante. Una suerte muy distinta había tenido diecisiete años antes el joven soberano de Babilonia Labashi-Marduk, muerto, entre atroces torturas, por los partidarios de Nabonide.

Ciro rey de Babilonia

Una vez entrado en Babilonia, Ciro procedió inmediatamente a reordenar el gobierno. Gubaru murió el 7 de noviembre del año 539. A un persa homónimo, Gubaru-Gaubaruva, Ciro confió una comisión que debía interesarse en el buen funcionamiento del culto. Éste se convirtió luego en gobernador, y en el nuevo ordenamiento los funcionarios y los oficiales babilonios pudieron conservar sus puestos en la administración. El pasaje de los poderes ocurrió pacífica y velozmente; Ciro no deseaba cambios radicales, y trató que sus nuevos súbditos no se resintieran por los últimos sucesos. El cambio sólo se verificó en el vértice; para el resto, todo continuó como antes. Ciro dictó una proclama a los babilonios, en lengua acádica, que refleja perfectamente toda su política en cuanto a la Mesopotamia, poniendo en descubierto las líneas programáticas. Este documento da la medida exacta de su capacidad y de su realismo. En el mismo Ciro se proclama, según el antiguo título de los monarcas mesopotámicos, "rey de todo, rey grande, rey poderoso, rey de Babilonia, rey de Sumer y Akkad, rey de las cuatro partes del mundo . . . simiente de realeza de la antigüedad, cuyo reino es amado por Bel (el dios Marduk) y por Nabu: ellos gozan en el corazón su soberanía". Se enumeran luego las culpas de Nabonide, sus maldades contra el culto y sus injusticias para con el pueblo, con las que hacen contraste la piedad de Ciro para con los dioses tradicionales de Babilonia y su elevado sentido de justicia. "Ciro, al frente de un ejército innumerable como las aguas de un río, entra en la capital a la que el dios Marduk le ahorró toda destrucción y todo derramamiento de sangre. Nabonide es hecho prisionero y todo el pueblo de Sumer y Akkad, dignatarios y oficiales, se postran ante el soberano elegido por dios". Y "Marduk, el gran señor, ha gozado con mis acciones pías y graciosamente bendijo, a mí, Ciro, el rey que lo venera, y a Cambises, mi hijo, y a mis soldados, porque nosotros sincera y gozosamente hemos exaltado su excelsa divinidad". Los reyes de la tierra

1



2



3

1. El templo del fuego al oeste del Palacio P; vista general con los dos altares (Museo nacional de arte oriental, Roma).

2, 3. Los altares del templo del fuego en Pasargada (Museo nacional de arte oriental, Roma).

En las páginas siguientes:

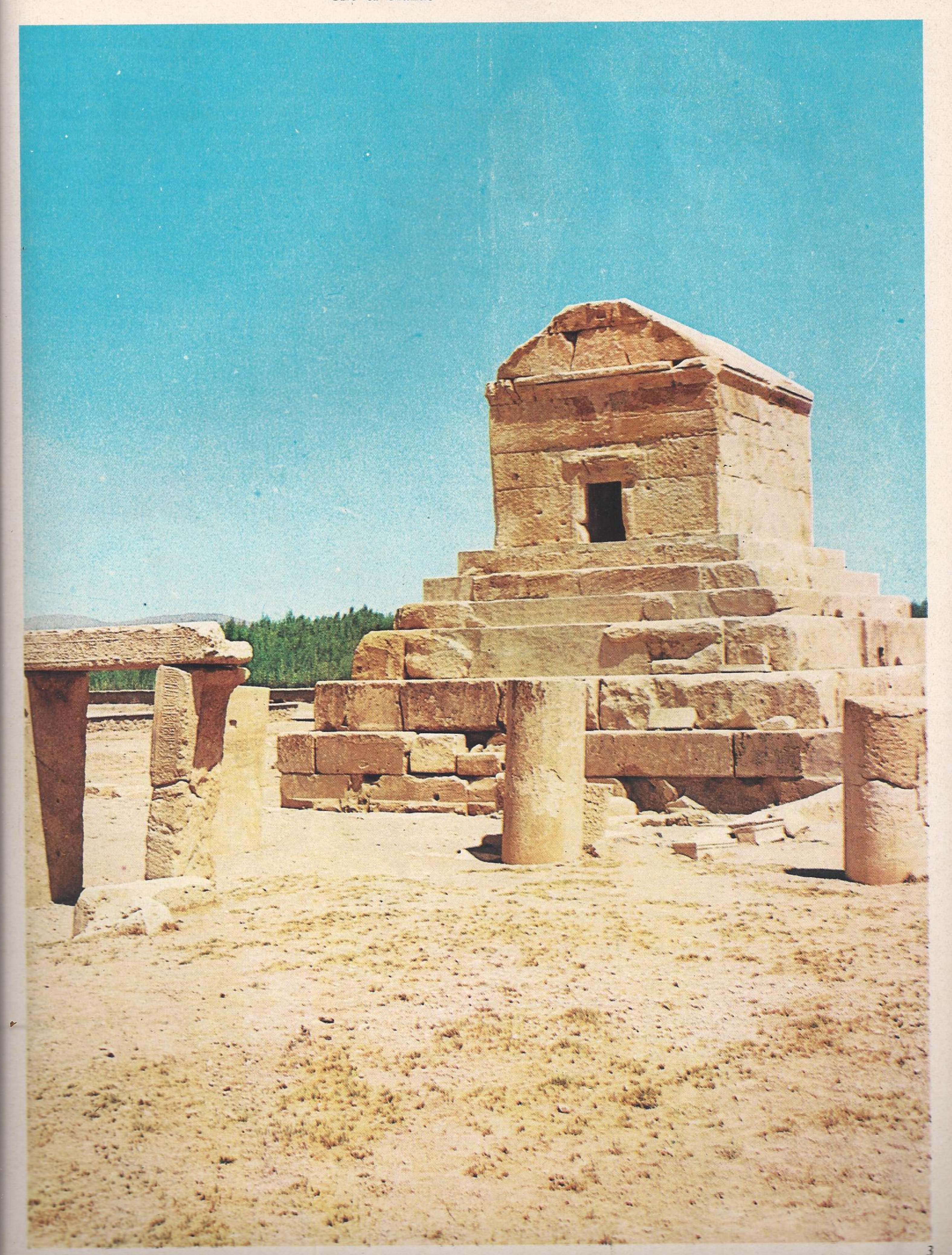
1. Reconstrucción del recinto de la tumba de Ciro. De M. Dieulafoy, L'art antique de la Perse, *París, 1884.*

2. La tumba de Ciro en Pasargada. De F. Sarre - E. Herzfeld, Iranische Felsreliefs, *Berlín, 1910.*

3. La tumba de Ciro en Pasargada (SEF).

1

2



le ofrecen regalos y tributos y se postran para besar su pie; todos los reyes del país de occidente (Siria) y que habitan bajo las tiendas (los árabes). "Que todos los dioses, a quienes he vuelto a llevar a sus ciudades, intercedan diariamente ante Bel y Nabu para que me sea concedida larga vida, y digan a Marduk, mi señor: pueda Ciro, el rey que te venera, y Cambises, su hijo, ser bendito"

El tono dominante de esta proclama está dado por el evidente deseo de pacificación en que se inspira; muchas veces Ciro declara que su objetivo es el de restablecer una paz duradera: "los grandes dioses han confiado todos los países a mis manos; yo he hecho de la tierra una casa pacífica".

El primer acto de esta obra pacificadora fueron las disposiciones concernientes a la religión y al culto, tomadas con absoluta impersonalidad, ya que con las mismas no benefició solamente al clero de Babilonia, sino también a las ciudades de Assur y de Susa y a todo el pueblo hebreo. Los dioses de Assur y de Susa, transportados por Nabonide a Babilonia, fueron vueltos a sus sedes; de la misma forma fueron restituidos a sus propios santuarios las otras divinidades de los otros centros de la Mesopotamia que habían sido acumuladas en la capital.

Ciro deseó continuar las costumbres pacíficas de los soberanos caldeos que recordaban las suméricas: algunos ladrillos de Uruk llevan la inscripción: "Yo soy Ciro, constructor de Esagilo y de Eside (los grandes templos de Babilonia), hijo de Cambises, el Gran Rey".

Ya en su proclama a los babilonios Ciro había anunciado la sumisión de los monarcas de Siria. Los príncipes de la región sirio-palestina, desde hacía poco llevados a la obediencia de Nabonide, no tuvieron evidentemente ninguna dificultad ni hesitaron en reconocerlo como su legítimo soberano. Especialmente en las ciudades fenicias de la costa mediterránea se abrían nuevos horizontes; la inclusión en el vastísimo imperio permitía esperar una intensa reanudación de sus tráficos marítimos y abría un mercado inmenso para su comercio. Al mismo tiempo, la sumisión de éstos procuraba a los persas una indudable hegemonía sobre el Mediterráneo: las flotas fenicias no tenían nada que envidiar a la marinería griega de Asia Menor y de las islas egeas, ya al servicio de los persas. El gran imperio guiado por una aristocracia feudal profundamente ligada a la tierra, como siempre lo fue la nobleza iránica, se halló de pronto en posesión de los medios navales más formidables y de las tripulaciones más audaces y expertas de la época. El control de las ciudades fenicias implicaba, además, el bloqueo comercial de Egipto, que se encontraba cercado por tierra y por mar por el coloso iránico. Como había decretado la restitución de los dioses de Susa y de Assur en sus templos, y por lo tanto el restablecimiento de sus cultos, Ciro ordenó que también el templo de Jerusalén, destruido en 586 por Nabucodonosor, fuera reconstruido y se restableciera el culto del dios de Israel. Los hebreos, que habían sido llevados como prisioneros a Babilonia, podían volver, si así lo deseaban, a sus tierras. Esto lo dispuso en un edicto emanado del reino de Ecbatana durante su primer año de reinado como soberano de Babilonia, es decir, en 538. La Biblia informa el edicto real: "Así dice Ciro, rey de Persia: el Señor Dios del Cielo me ha dado todos los reinos de la tierra y me ha ordenado edificarle una casa en Jerusalén, que está en Judea. ¿Quién de entre vosotros pertenece a su pueblo? Sea con él su Dios; se ponga en viaje para Jerusalén, en Judea, y edifique la casa del Señor Dios de Israel, el Dios que está en Jerusalén". Además dio orden de que todos los utensilios del templo de Jerusalén, que los caldeos habían robado y transportado a Babilonia, fueron restituidos a los hebreos: "el rey Ciro los hizo sacar por Mitridates, el tesorero; y Sheshbazzar, príncipe de Judea, los contó..."; en total, entre vasos de oro y de plata, eran 5400 piezas, que fueron enviadas a Jerusalén. El segundo año luego del retorno a Palestina se echaron las bases del nuevo templo y los trabajos continuaron por muchos años, entre infinitas dificultades, pero siempre con el consenso de la administración imperial persa.

Las condiciones del pueblo hebreo, entonces, habían cambiado radicalmente con el advenimiento de Ciro. Los soberanos de Babilonia, salvo el hijo de Nabucodonosor, Amel-Marduk (el Evil-Merodak de la Biblia), habían sido muy severos con el pueblo de Judea: todos los partidarios de Egipto y aquellos que habían apoyado la rebelión de Sedecia habían sido traídos como esclavos a Babilonia. Y los hebreos habían esperado, constantemente, durante los cincuenta años de exilio, la ruina de la monarquía caldea. El dios de Israel suscitó la ira de los medos contra Babilonia y Ciro fue celebrado como el ungido del Señor. Al reconocimiento del pueblo hebreo por la reconquistada libertad, siguió la benévola política de la corte persa para con ellos, la cual fue dictada por importantes consideraciones políticas. Ciro, y luego de él sus sucesores, deseó asegurarse el control de Palestina porque esta región era la puerta de Egipto. El camino que llevaba al valle del Nilo pasaba por Jerusalén; de aquí la necesidad de construir en la capital del antiguo reino de Judea una avanzada centinela del imperio, y la política persa, inaugurada por Ciro, intentó siempre unir a la corona, con vínculos sólidos, al pueblo de Judea.

En la invocación a Marduk y a los dioses de Babilonia, contenida en su proclama a los babilonios, Ciro pidió la bendición de dios para sí y para su hijo Cambises, "porque nosotros sincera y gozosamente hemos exaltado su excelsa divinidad". Poniendo junto al suyo el nombre de su primogénito, deseó evidentemente indicar a su legítimo y directo representante. Ciro, en efecto, no tenía intenciones de demorarse demasiado en Babilonia y, antes de abandonar la Mesopotamia, deseó evidenciar la confianza y el favor que sentía por el hijo, quien por su orden e investido de una autoridad especial, debía permanecer al lado del sátrapa Gubaru.

Ciro había tenido a Cambises de sus bodas con Casandane, hija de Farmaspe, un príncipe aqueménida, la mujer que murió antes que él y por la cual no sólo llevó gran luto, sino que lo impuso también a su gente. El 4 de Nisan (27 de marzo) de 538, Cambises, como hijo de Ciro, presenció la fiesta del principio de año en Babilonia, restablecida según las reglas tradicionales: procedió pro la "via sacra" de la diosa Ishtar, cerca del templo de Nabú, acompañado por los grandes sacerdotes, y tomó en las suyas las manos del dios. Luego, escoltado por los lanceros y los arqueros de Gutium, se dirigió hacia Esagila con la procesión que transportaba al dios Nabu y finalmente, una vez estrechadas las manos de Marduk, recibió el cetro real.

Ciertamente, Cambises llevó antes de la muerte del padre el título de "Rey de Babilonia", minetras que a Ciro se le reservaba el de "Rey de los países", pero no sabemos cuándo el príncipe fue investido con la dignidad real: este problema complica el de la cronología, no del todo claro. De todos modos, se hace evidente que Ciro, con estas disposiciones, deseó designar a su sucesor, el cual, antes de su muerte, debía hacer práctica de gobierno. Los documentos administrativos y económicos de la Mesopotamia a menudo mencionan el nombre del hijo del rey; ello prueba que éste, durante el reinado del padre, no vivió ajeno a la dirección de la cosa pública. Además, luego de algunos años, Ciro le confió a Cambises importantes encargos militares.

Ciro tuvo otro hijo con Casandane, de nombre Bardiya, el célebre Smerdi de los griegos, al que confió, no sabemos cuándo, algunos encargos en el gobierno del imperio. Éste se hallaba en Susa cuando fue asesinado por orden de su hermano Cambises. Bardiya fue propuesto por Ciro al gobierno de algunas provincias del Irán central y oriental; Ctesia refiere que en el momento de morir Ciro confió a Bardiya (Tanyoarkes) Corosmina, Partia y Carmania; Jenofonte, en cambio, presenta a Bardiya (Tanaoxares) investido del comando sobre Media, Armenia y Cadusia.

La organización del imperio

Todo lo que sabemos sobre el ordenamiento político y administrativo del imperio persa no puede ser atribuido sin más a la obra de Ciro. En muchos casos es difícil,

por ejemplo, establecer si algunas instituciones fueron inauguradas bajo su reinado o el de cualquier otro de sus sucesores. Se sabe, por ejemplo, que Darío (521-486) reorganizó y modernizó muchos ordenamientos de la legislación y la administración de vastísimos dominios aqueménidas, inmediatamente después de la represión de las numerosas y graves revueltas que estallaron durante su primer año de reinado. La nómina de las provincias del imperio contenida en la famosa inscripción de Darío en Behistún refleja, sin embargo, en su mayor parte el estado de los dominios persas al fin del reinado de Ciro, si se exceptúa la mención de Egipto conquistado por Cambises (530-522). Características de la reforma institucional de Darío fueron la mayor concentración del poder en la corona y la preponderancia casi total del elemento propiamente persa sobre el medo en los puestos claves del gobierno tanto central como satrapal. Ciro le había dado vida a una monarquía feudal; Darío, en cambio, concentró todo lo posible el poder en la figura del rey, al advertir que la estructura feudal de la monarquía habría terminado con el triunfo de las tendencias centrífugas y desintegratorias; y, en realidad, la lucha entre el poder central y los gobiernos periféricos caracterizó todo el curso de la historia persa y terminó con la ruina del imperio. Mientras que Ciro se había apoyado extensamente en la aristocracia meda, a la que debía gran parte de su fortuna, Darío restringió cada vez más el círculo de sus colaboradores a la nobleza persa y al clan aqueménida, inducido a ello por los acontecimientos borrascosos que siguieron a la muerte de Cambises: luego de haber quitado del medio al gobierno del usurpador medo Gaumata, el falso Smerdi, debió afrontar, entre otras cosas, una violenta y peligrosa rebelión que se expandió en la Media en nombre de la antigua dinastía local. La lista de los "países" (*dahyu*) de la inscripción de Behistún no es una lista de las satrapías, sino que, en algunos casos, estos "países" corresponden efectivamente a las satrapías verdaderas y propias, como en el caso, por ejemplo, de Sardes, la satrapía formada por los territorios antes lidios, de Jonia, la satrapía formada por las ciudades griegas de la costa del Egeo, de "Aquellos sobre el mar"; la satrapía de Dascilio, sobre la costa del Mar Negro, de Media, etcétera. Esta división del territorio del imperio se remontaba a Ciro; cuando Darío se apoderó del trono, el imperio debía estar dividido en cerca de veinte satrapías, las cuales, sin embargo, no cubrían totalmente los territorios aqueménidas, ya que estaban excluidos los reinos vasallos tributarios del Gran Rey, el principal de los cuales debía ser el de Cilicia.

A la cabeza de las satrapías se hallaba el sátrapa (*khshathrapavan*, el protector del reino), que dirigía la administración provincial y comandaba el ejército de leva reclutado en el territorio. El ordenamiento provincial no era un hecho nuevo en el Cercano Oriente: el mismo había sido ya utilizado por los asirios y los medos y la organización satrapal persa no era otra cosa que la continuación de la meda, dejada en pie por Ciro que la adaptó al nuevo estado de cosas.

Cada sátrapa podía rodearse de una corte que, en proporciones más modestas, reflejaba la del mismo Gran Rey. Junto a la figura del sátrapa existían otros importantes cargos políticos y militares cubiertos por funcionarios que dependían directamente del rey. Sin duda, estos cargos fueron reforzados por Darío I, quien deseó garantizar más sólidamente el poder central, pero es probable que los mismos existieran ya en la época de Ciro, y que estuvieran conectados al sistema satrapal desde su nacimiento, es decir, en el período medo. Junto a cada sátrapa se hallaban, entonces, un secretario, un oficial de las finanzas, y un comandante en jefe de la guarnición establecida en cada una de las capitales provinciales. Además, existían una especie de *missi dominici* * (enviados del Señor), las denominadas "orejas del rey", confundidas en las fuentes griegas con los "ojos del rey", los "auditores" regios, altos oficiales, embajadores o representantes del Gran Rey que debían cumplir misiones de control y de inspección en las tierras del reino.

Parece cierto que bajo los primeros aqueménidas no existió un cargo que correspondiera aproximadamente al de un primer ministro; sólo en el último período del imperio el comandante de los mil hombres de la guardia del cuerpo del soberano (*hazarapati*, el jefe de los mil), el quiliarco de los griegos, asumió prácticamente las funciones de un primer ministro. En los primeros tiempos del imperio el Gran Rey desarrollaba personalmente las funciones que habrían podido corresponderle a un primer ministro, asistido, naturalmente, por amigos y confidentes, a los que, sin embargo, no se les reconocía ninguna calificación oficial o institucional. El aparato burocrático del imperio era confiado a los escribas semíticos, quienes usaban como lengua franca el arameo. Esta lengua de escribas tuvo en el nuevo imperio la función que en otros tiempos había tenido el acádico, como lengua internacional y diplomática del Cercano Oriente; en Egipto y en Afganistán se han hallado documentos escritos en arameo en épocas distintas, y son la prueba del gran uso que tuvo aquella lengua en la cancillería imperial. Además, los escribas tenían la obligación de copiar todo edicto y disposición del Gran Rey en las diversas lenguas del imperio, ya que se destinaba una copia de cada uno a todos los sátrapas y los gobernadores. En la Biblia tenemos un ejemplo de estas prácticas burocráticas de la corte persa: "Fueron llamados los escribas del rey en el décimotercer día del mes de Nisán y, según la orden dada por Naman a todos los sátrapas del rey, a los gobernadores de las provincias y de los varios pueblos, a cada provincia en su escritura y a cada pueblo en su lengua fue escrito esto (que sigue) en nombre de Asuero (Jerjes) y fue sellado con el anillo del rey; y se enviaron las cartas por medio de mensajeros a todas las provincias del rey".

Estos mensajeros reales cubrían enormes distancias en brevísimo tiempo, gracias a un sistema de postas construidas a lo largo de las vías de comunicación, que le proporcionaban al mensajero, el *angaros*, caballos frescos. El camino más importante del imperio, en uso bajo Darío I, fue aquel que de Susa, a través del Tigris y la ciudad de Harran, llegaba hasta Sardes, y desde allí, con una ramificación, hasta Efeso: 2683 kilómetros, con 111 estaciones de reabastecimiento, que los mensajeros del rey recorrían en siete días, mientras las caravanas empleaban normalmente tres meses. Otro camino, ya en uso con Ciro, unía Ecbatana con Babilonia; el mismo luego de la conquista de Egipto, prosiguió a través de Karkemish y Siria, hasta el valle del Nilo. Aquellos de los que se habló no son más que las dos mayores vías de comunicación de una red caminera, ya bastante completa para la época, que los persas fueron aumentando notablemente.

El nervio del ejército de Ciro estaba constituido por los guerreros de las tribus persas que habían sostenido la revolución aqueménida contra Astiages: el *kara* de las inscripciones persas antiguas; luego, con el aumento de las conquistas y las exigencias mayores que las mismas implicaban, el ordenamiento militar del imperio tuvo como base un ejército profesional: *spada*. La táctica de guerra cambió, con los aqueménidas, en escala mayor; ya los medas y todas las poblaciones iránicas habían revolucionado el arte de la caballería, pero ahora los persas lograron un arma formidable, y su caballería (*asabara*) recorrió todas las tierras del vastísimo imperio. Las armas tradicionales de los pueblos sedentarios del Cercano Oriente antiguo, desde la Mesopotamia al Egipto, la infantería y los carros de guerra, se hallaron frente a esta nueva arma velocísima. No es que los persas no hicieron también uso de los carros, pero la convirtieron en arma de uso restringido al máximo.

Persas y medos constituían además el nervio de la infantería (*pasti*), sobre todo en período de paz; a ellos, en caso de necesidad, se agregaban las numerosas milicias de los sátrapas. Con el correr del tiempo estas tropas, con cuya fidelidad no siempre se podía contar, a menudo eran destaca-

* Funcionarios delegados del Emperador en el imperio europeo de Carlomagno.

das en lugares lejanos de sus países de origen; ;así Heródoto nos habla de soldados egipcios enviados a Bactriana, de tracios en Asia, de griegos en Susa y en el Khuzistan, de fenicios en Jonia y de jónicos en Fenicia, mientras que por los documentos arameos de Elefantina sabemos del establecimiento de tropas mercenarias hebreas en Egipto; estas milicias extranjeras, establecidas en territorios lejanos de sus patrias, constituían verdaderas colonias militares. Pero estos traslados tenían un carácter netamente militar, y no tenían relación con las deportaciones en masa a que acostumbraban los asirios y babilonios. Tales procedimientos fueron adoptados, en buena medida, por los sucesores de Ciro, bajo los cuales tanto el ordenamiento administrativo como el militar (y esto sobre todo a causa del empleo cada vez mayor de milicias mercenarias griegas) se transformaron profundamente.

La paga de los soldados en los primeros tiempos del imperio se hacía en raciones de alimentos, grano y vino en primer lugar, y en otros tipos de *naturalis*. Los gobiernos de las satrapías debían proveer totalmente al mantenimiento del ejército.

Los últimos años

Egipto no había sido alcanzado aún por las armas persas, pero luego de la caída de Nabonide sufrió las consecuencias de la hegemonía iránica sólidamente establecida en la cercana Asia: sus miras sobre Chipre tuvieron fin para siempre, ya que los dinastas fenicios de la isla siguieron la suerte de sus cofrades de la madre patria, y espontáneamente se sometieron a los persas, probablemente entre 538 y 530.

El faraón Amasis (568-525), impresionado y atemorizado por el poderío persa, desarrolló una política indecisa e incierta. En un pasaje de Heródoto parecería que en un primer momento hubo relaciones formalmente cordiales entre Amasis y Ciro, tanto que éste, al tener necesidad de un buen oculista, le pidió uno al faraón, quien pronto satisfizo sus deseos. Aparte, según un rumor de aquellos egipcios que desearon considerar a Cambises como uno de ellos para legitimar el poder a los ojos de sus connacionales, Ciro le habría pedido a Amasis la mano de una de las hijas, pero éste, al no desear que una de sus hijas se convirtiera en concubina, envió a Ciro la hija del difunto faraón Apries, que había sido destronado por él, llamada, Nipeti, única heredera de la familia. Según estos egipcios, Cambises habría nacido de las bodas de Ciro con la hija de Apries, pero Heródoto se opone enérgicamente a esta extraña genealogía. Si el asalto persa al Egipto tardó, fue indudablemente porque luego de la conquista de Babilonia, Ciro, vuelto a Ecbatana, deseó atender en primer lugar a la organización de sus inmensos dominios. Pero se vio disuadido de intentar la empresa egipcia por la precaria situación en que debían hallarse aproximadamente en 530 los confines nororientales del imperio, asediados por las tribus saka de los masagetos. Puesto en campaña contra los saka, Ciro halló la muerte en el campo de batalla hacia fines de agosto o en los primeros días de setiembre del 530. Poco sabemos de los sucesos inmediatamente precedentes a la muerte del fundador del imperio persa; de los mismos —según el mismo Heródoto, que ofrece una versión embellecida por muchas anécdotas— existían diversas versiones. Pero resulta importante notar cómo, en este caso, Heródoto, Ctesia y Beroso están sustancialmente de acuerdo en el hecho de que Ciro halló la muerte en batalla contra la tribu saka (*massageti* en Heródoto, *derbiki* en Ctesia, *dai* en Beroso). La muerte ocurrió evidentemente en 530, entre agosto y setiembre, ya que desde setiembre de aquel año los documentos babilónicos llevan la fecha del reinado de Cambises, convertido entonces, más que en "Rey de Babilonia", en "Rey de los países".

La obra de Ciro

En veinte años, Ciro transformó el aspecto político del mundo oriental antiguo desde el Indo al Egeo, y la consecuencia de esta transformación fue un proceso acelerado de sincretismo cultural del Cercano y Medio Oriente, que se preparaba para el encuentro con la civilización griega. Ciro echó las bases de un Estado ecuménico en el cual las provincias pudieron conservar grandes autonomías, tanto en la administración como en los cultos religiosos.

La realización de Ciro, debida a una profunda intuición política, no puede dejar de asombrar al historiador, tanto por sus vastísimas proporciones como también por sus notables características de estabilidad y de continuidad. El soberano aqueménida se había impuesto a la historia como príncipe de una pequeña monarquía iránico-elamita vasalla de la dinastía deiocide; cuando el rey de Babilonia indica la revuelta aqueménida contra el soberano medo, llama a Ciro: "el rey de Anshan, su pequeño siervo (de Astiages), que avanza contra él con su pequeño ejército". Estas expresiones demostraron muy bien cuáles eran las consideraciones que se tenía en las grandes monarquías del Cercano Oriente por el minúsculo estado aqueménida, formado en las márgenes del área tradicional de la historia oriental antigua. El ambiente cultural de la corte de Anshan debía, ciertamente, estar restringido a límites más bien notables para que el encuentro de las tribus persas con el mundo elamita hubiera determinado un proceso de transformación y de evolución de la sociedad primitiva de los parsua. Ciro, príncipe de un pequeño reino vasallo en una zona periférica del mundo civil del Cercano Oriente, concibió la idea de un Estado ecuménico, la que ciertamente hasta ese momento había sido ajena a la tradición y a los limitados horizontes de las tribus persas. La monarquía aqueménida se transformó, gracias a su obra, de reino tribal o intertribal en reino supernacional, en imperio.

Si esta idea ecuménica del Estado era, como se ha dicho, ajena a la tradición y a la mentalidad iránica, es evidente que Ciro la tomó de un mundo que le era ajeno. O bien, el punto central de la obra de Ciro, el suceso tal vez más importante y más rico en consecuencias, fue la conquista de Babilonia y el contacto siguiendo con la civilización mesopotámica. Ciro experimentó la fascinación de aquella civilización y su política babilónica estuvo inspirada en el gran respeto por las tradiciones locales y por la que definió como la "noble raza de los babilonios". Babilonia era el centro de la civilización del Asia anterior y su milenaria tradición civil y cultural no podía dejar de infundir el más profundo respeto en el inteligente conductor de un pueblo desde hacía poco acostumbrado a la vida civil.

En las tradiciones políticas y religiosas de la Mesopotamia se venía afirmando desde hacía tiempo la idea ecuménica del Estado. Basta con releer la proclama de Ciro a los babilonios para comprender que él se inspiró justamente en aquellas tradiciones; las expresiones típicas del estilo formal de las cancillerías mesopotámicas, que se hallan repetidamente, y el título oficial del rey son pruebas evidentes del esfuerzo consciente hecho por Ciro para incluirse en la tradición de Babilonia, y lograr la imagen de un monarca restaurador y conservador del orden antiguo. El mismo título de "Rey de Babilonia" fue mantenido en la monarquía aqueménida, en la que pasó a designar al príncipe heredero, el futuro Gran Rey y Rey de reyes. La concepción aqueménida de realeza, que hundía sus raíces en las tradiciones iránicas comunes, fundada en la idea de un carisma institucional hereditario en el interior de una determinada estirpe o clan, y por lo tanto ligada al principio dinástico, se fue transformando al contacto con el mundo mesopotámico, gracias a la obra política del conquistador persa.

En efecto, Ciro introdujo en la monarquía aqueménida una norma que regulaba la sucesión al trono que era ciertamente ajena a la más antigua concepción iránica de la realeza: la adopción. La sucesión al trono por adopción era típica del sistema político mesopotámico, en el cual no tenía vigencia el principio dinástico hereditario. En Asiria o en Babilonia el nuevo rey se consideraba investido de su dignidad por los dioses. El fortalecimiento progresivo político de algunos clanes llevó de a poco a concentrar en una misma familia la suma de los poderes constituida por la realeza; y surgió la costumbre de la adopción, gracias a la cual un soberano reinante, con-

Ciro el Grande en un grabado del siglo XVII. París, B. N. Estampes.



vertido en rey según las normas tradicionales, estaba en libertad de elegir —él, el elegido por los dioses— a uno de su casa como sucesor. El nuevo rey era investido así con los tributos de la realeza siempre, en cierto sentido, por los mismos dioses que habían investido al predecesor. En tal forma, de hecho, el principio hereditario se había estado afirmando también en Mesopotamia.
La costumbre de la adopción fue codificada en el imperio aqueménida: el Gran Rey elegía entre sus hijos al sucesor, que era investido con la dignidad de "Rey de Babilonia". Ciro debió introducir esta costumbre para reforzar el poder político de la corona y, al mismo tiempo, para consolidar al mismo principio dinástico. En efecto, en la concepción irania de la realeza el principio dinástico no implicaba la norma de la sucesión hereditaria por derecho de primogenitura, pero, muy probablemente, el mismo se afirmaba mediante la práctica de auspicios que permitían reconocer (y no —obsérvese bien— elegir) al rey entre los pertenecientes al mismo clan real. La costumbre de recurrir a los auspicios estaba obviamente ligada a las instituciones primitivas de la sociedad tribal de los iranios y no podía ser fácilmente adaptada a las exigencias de estabilidad y de continuidad propias de un estado monárquico imperial.
Ciro, al introducir en la monarquía iraca el uso de la adopción, enriqueció de hecho la ideología real del Irán antiguo con la idea de la investidura divina, que como se ha indicado, se hallaba en los orígenes de la misma costumbre mesopotámica de la adopción. El Gran Rey era tal por voluntad de Ahura Mazda, como lo expresaba el lenguaje oficial de la cancillería imperial; la misma idea del rey investido de su realeza por el dios supremo, a menudo considerada como de seguro origen iranio, muy probablemente deriva de las concepciones políticas y religiosas del mundo mesopotámico.
En la evaluación de la obra política de Ciro resalta inmediatamente el hecho de que en la misma se encuentran las soluciones y el encuadre de varios problemas frente a los que se hallaron con frecuencia los soberanos iranios. Efectivamente, ya se evidenciaban las premisas de los futuros desarrollos de la política aqueménida. La conquista de Egipto había sido preparada en los últimos años del reinado; Cambises llevó a término los preparativos y puso en obra los planes preparados por el padre, pero si bien el juicio tradicional acerca de la figura del sucesor de Ciro está seguramente influida por la propaganda adversa del sacerdocio egipcio, que sirvió de fuente a los historiógrafos griegos, indudablemente la política de Cambises y la de sus sucesores no tuvo éxito en Egipto, donde se formó un partido tenazmente hostil al dominio aqueménida, promotor en diversas épocas de numerosas y graves revueltas.
La cuestión griega sobre los confines occidentales del imperio fue realísticamente considerada por Ciro: el gobierno persa se dedicaba a demostrar las ventajas económicas y comerciales que recibían los colonos griegos de Asia por la inclusión en la inmensa monarquía, tratando de quebrar de tal modo la resistencia moral. Evidentemente, cuando Ciro, en 547-546, tuvo contacto por primera vez con los griegos de Asia Menor no pudo prever las vastas proporciones que asumiría para el imperio la cuestión de las relaciones con el mundo griego, del que por entonces debía conocer bien poco, pero la adopción de su política, que intentaba evitar los choques frontales, se inspiraba en un realista buen sentido.
En cuanto al mundo mesopotámico, la política de Ciro estuvo dictada por un profundo respeto, determinado por el íntimo reconocimiento de la superioridad cultural de Babilonia. Gracias a Ciro, Irán concretó el encuentro cultural y espiritualmente más fecundo con la civilización mesopotámica. Las conquistas orientales de Ciro abrieron a los persas nuevos y amplísimos horizontes; en aquellos países, la obra de Ciro estuvo dirigida a la conquista de grandes vías de comunicación, que ponían en comunicación a Occidente y Oriente, a través del Asia central y el valle del Indo; y Darío I completó, en esta última dirección, la obra de Ciro. Al mismo tiempo, aquellas conquistas tuvieron una grandísima importancia para la historia cultural y religiosa de la humanidad, ya que unificaron en el gran imperio iranio todas aquellas regiones que fueron la base de los grandes encuentros de las civilizaciones asiáticas.
Finalmente, la obra de Ciro en Oriente tuvo un importantísimo objetivo: detener con una sólida barrera el impulso de las poblaciones bárbaras de la estepa septentrional hacia las tierras meridionales. En estas repetidas luchas contra las hordas de los sakas él perdió la vida, y sin duda, su muerte contribuyó a determinar el gran puesto que le ha sido asignado en la historia y en el progreso civil de la humanidad. El mundo antiguo, gracias también a su obra, pudo dar en el siglo VI a.C. un gigantesco paso adelante.

Bibliografía

S. Smith, *Babylonian Historical Texts Relating to the Capture and Downfall of Babylon*, Londres, 1924; R. G. Kent, *Old Persian. Grammar, Texts, Lexicon*, New Haven, 1953; D. J. Wiseman, *Chronicles of Chaldaean Kings (625-556 B.C.) in the British Museum*, Londres, 1956; R. A. Parker, W. Dubberstein, *Babylonian Chronology 626 B. C. A.D. 75*, Providence R. I., 1956; A. T. Olmstead, *History of the Persian Empire*, Chicago, 1948; R. N. Frye, *The Heritage of Persia*, Londres, 1962; A. R. Burn, *Persia and the Greeks: the Defence of the West c. 546-478 B.C.*, Londres, 1962; R. P. Dougherty, *Nabonidus and Belshazzar*, New Haven, 1929; S. Smith, *Isaiah Chapters 40-55: Literary Criticism and History*, Londres, 1944. En español: Castellano J., *Ciro el grande*, Barcelona, Maten.

Hoy mismo haga el canje de sus fascículos sueltos de LOS HOMBRES de la historia por los tres primeros tomos encuadernados.

TOMO 1. **El mundo contemporáneo,** con las biografías de Churchill, Einstein, Lenin, Gandhi, Hitler, García Lorca, Stalin y Picasso.

TOMO 2. **El siglo XIX: Las revoluciones nacionales,** con las biografías de Lincoln, Darwin, Coubert, Dostoievski, Nietzsche y Wagner.

TOMO 3. **El siglo XIX: La revolución industrial,** con las biografías de Freud, Van Gogh, Tolstoi, León XIII, Bismark, Ford.

Como realizar el canje:

Usted debe entregar personalmente, y en las direcciones citadas, los siguientes fascículos de LOS HOMBRES de la historia:

Para el tomo 1: los fascículos números 2, 5, 6, 9, 11, 14, 18 y 23, en perfecto estado, y la suma de $ 600.-

Para el tomo 2: los fascículos números 8, 13, 15, 20, 22 y 27, en perfecto estado, y la suma de $ 600.-

Para el tomo 3: los fascículos números 1, 10, 21, 24, 31 y 36, en perfecto estado, y la suma de $ 600.-

¡En el mismo momento en que usted entregue los fascículos recibirá los magníficos tomos!

Atención: *los tomos están lujosamente encuadernados en tela plástica, con títulos sobreimpresos en oro y sobrecubierta a todo color. Llevan una cronología y un índice general.*

Si le falta algún fascículo, diríjase a su canillita; el tiene todos los números.

Todos los martes compre LOS HOMBRES de la historia y conserve los fascículos en perfecto estado.

Así podrá seguir canjeándolos y formar con los tomos encuadernados una valiosa Biblioteca de la Historia Universal a través de sus protagonistas.

Próximamente: *aparición del cuarto tomo.*

CANJE POR CORREO

Si usted desea efectuar el canje por CORREO, deberá enviar los fascículos a

CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA S.A.
RINCON 87 - CAPITAL FEDERAL

Agregue la suma de $ 600 por el tomo y $ 100 para gastos de envío, en cheque o giro postal a la orden del Centro Editor de América Latina S. A.

IMPORTANTE

Como los fascículos deben llegar en perfecto estado, tome todas las precauciones. Envuélvalos en cartón muy grueso, o entre maderas o en una caja resistente de cartón o madera. No forme rollos.

Cuando usted tenga los tomos en sus manos, comprobará que ésta es una oferta excepcional que el CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA brinda a sus lectores. El precio en plaza de cada tomo sería de, por lo menos, cuatro veces más.

Para realizar el canje personalmente, diríjase a:

CAPITAL:

Librería AZCUENAGA - Azcuénaga 830
Librería GONZALEZ - Nazca 2313
Librería JUAN CRISTOBAL - Galería Juramento - Cabildo y Juramento - Loc. 1 Subsuelo
Librería LETRA VIVA - Coronel Díaz 1837
Librería LEXICO - J. M. Moreno 53
LIBROS DIAZ - Mariano Acosta 11 y Rivadavia 11440 - Locales 46 y 47
Librería PELUFFO - Corrientes 4279
Librería SANTA FE - Santa Fe 2386 y Santa Fe 2928
Librería SEVILLA - Córdoba 5817
Librería TONINI - Rivadavia 7302 y Rivadavia 4634
VENDIAR - Hall Constitución

GRAN BUENOS AIRES:

Avellaneda
Librería EL PORVENIR - Av. Mitre 970

Hurlingham
MUNDO PLAST - Av. Vergara 3167

San Martín
Librería DANTE ALIGHIERI - San Martín 64 - Galería Plaza

INTERIOR:

BUENOS AIRES

Bahía Blanca
Librería LA FACULTAD - Moreno 95
Librería TOKI EDER - Brown 153
LA CASA DE LAS REVISTAS - Alsina 184

La Plata
Librería TARCO - Diagonal 77 Nº 468

Mar del Plata
Librería ERASMO - San Martín 3330
REVISLANDIA - Av. Luro 2364

Pergamino
PERGAMINO EDICIONES - Merced 664

CATAMARCA
MAURICIO DARGOLTZ - Rivadavia 626

CORDOBA

Coronel Moldes
CASA GARCIA - Belgrano 160

CORRIENTES
LIBRERIA DEL UNIVERSITARIO - 25 de Mayo, esquina Rioja

CHACO

Resistencia
CASA GARCIA - Carlos Pellegrini 41

ENTRE RIOS

Concepción del Uruguay
A. MARTINEZ PIÑON - 9 de Julio 785

Paraná
EL TEMPLO DEL LIBRO - Uruguay 208

MENDOZA
CENTRO INTERNACIONAL DEL LIBRO - Galería Tonsa - Local A-26

MISIONES

Posadas
Librería PELLEGRINI - Colón 280 - Locales 12 y 13

RIO NEGRO

Gral. Roca
QUIMHUE LIBROS - Tucumán 1216

SALTA
Librería SALTA - Buenos Aires 29

SAN JUAN
Librería SAN JOSE - Rivadavia 183 - Oeste

SANTA FE

Rafaela
Librería EL SABER - Sarmiento 138

Rosario
Librería AMERICA LATINA - Galería Melipal - Loc. 10 - Córdoba 1371
Librería ARIES - Entre Ríos 687
Librería LA MEDICA - Córdoba 2901

Santa Fe
Librería COLMEGNA - San Martín 2546
LIBRETEX S. R. L. - San Martín 2151

SANTIAGO DEL ESTERO
Librería DIMENSION - Galería Tabycast - Loc. 19

TUCUMAN
NEW LIBROS - Maipú 150 - Local 13

Precio del canje $ 6.- M$N 600.- Envío por correo $ 1.- M$N 100.

Centro Editor de América Latina - Rincón 79/87



Centro Editor de América Latina
más libros para más

LOS HOMBRES *de la historia*

Ya hay 3 tomos encuadernados para usted



Obténgalos hoy mismo canjeándolos por fascículos sueltos y aumente el valor de esta magnífica colección

Ver detalle del canje al dorso

Precio de venta	ARGENTINA: $ 1,50 M$N 150,—	CHILE:	GUATEMALA:	PARAGUAY:
	BOLIVIA:	REP. DOMINICANA:	HONDURAS:	PERU: S/. 18
Publicación semanal	COLOMBIA: $ 7.-	ECUADOR:	MEXICO: $ 5.-	PUERTO RICO:
	COSTA RICA:	EL SALVADOR:	NICARAGUA:	URUGUAY: $ 90